

TENDENCIAS DEL FOMENTO MUNDIAL DEL LIBRO 1970-1978

Por Robert Escarpit



unesco

TENDENCIAS DEL FOMENTO MUNDIAL DEL LIBRO

1970-1978

por

Robert Escarpit

1982

PREFACIO

Este documento pertenece a una serie, preparada como material de referencia para el Congreso Mundial del Libro, que se celebrará en Londres, Reino Unido, del 7 al 11 de junio de 1982.

El autor es director del Laboratoire Associé des Sciences de l'Information et de la Communication, C.N.R.S. y Universidad de Gascuña, Burdeos 3, Francia. Ha escrito numerosos y conocidos estudios sobre libros y está vinculado desde hace tiempo con el programa de fomento del libro de la Unesco. Con este trabajo se ha procurado poner al día y completar la importante investigación efectuada por el profesor Escarpit en relación con el Año Internacional del Libro 1972.

El autor es responsable de la elección y la presentación de los datos contenidos en el texto que sigue, así como de las opiniones en él expresadas, que no son forzosamente las de la Unesco y no comprometen a la Organización.

INDICE

	<u>Página</u>
1. UN ANALISIS RETROSPECTIVO	3
El hito de 1965	3
El hito de 1972	5
Los nuevos desafíos	8
2. TENDENCIAS NACIONALES Y REGIONALES	10
Los privilegiados	10
Los desposeídos: Africa	14
Los numerosos: Asia	16
1. China	17
2. India	18
3. Las cabezas de puente	19
4. Los países euroasiáticos	20
5. Otros países asiáticos	20
6. Observaciones generales	23
El pueblo del Libro: los Estados árabes	23
El nuevo mundo: América Latina	25
Los pocos: las islas del Pacífico	28
Los ignorados: las minorías étnicas	28
3. NUEVOS LIBROS PARA NUEVOS LECTORES	29
Los nuevos lectores	29
Literatura juvenil	30
Libros para recién alfabetizados	33
La importancia del papel	34
Costo de fabricación	35
El comercio de libros	36
4. LA NECESIDAD DE INVESTIGACION	39

UN ANALISIS RETROSPECTIVO

En líneas generales, la producción mundial de libros, expresada en número de títulos, se ha multiplicado por 2,9 entre 1950 y 1980. La estimación generalmente aceptada para 1950 es de 230.000 títulos; para 1980 parece bastante razonable calcular 670.000.

Aunque es mucho más difícil estimar el número de ejemplares impresos, podemos admitir que el factor multiplicador es mucho más alto que el que se aplica a los títulos: podría ser del 3,6, con 2.500 millones de ejemplares impresos en 1950 y 9.000 millones en 1980.

En ambos casos, el índice de aumento es significativamente mayor que el de la población mundial que, en el mismo periodo, pasó de 2.500 millones a 4.500 millones, es decir, que el factor multiplicador es de 1,8. Por otra parte, y en la medida en que pueden hacerse estimaciones, el total de personas alfabetizadas en el mundo (incluyendo a los niños) parecería haber pasado de 1.200 millones a 2.500 millones, lo que indica un factor multiplicador de 2,1, aún inferior al de la producción de libros, inclusive expresado en títulos.

En lo que respecta a los ejemplares, la cifra mencionada significaría que la disponibilidad teórica de libros, en el mundo, ha pasado de 2,1 a 3,9 ejemplares por año y lector posible, lo que implica un adelanto considerable, pero no realmente espectacular. Desde luego, cabe preguntarse si la persistente desproporción global entre los países desarrollados y los países en desarrollo no es causa de la disminución real de la disponibilidad de libros en muchos de los países del segundo grupo y de lo que se ha denominado el "hambre de libros".

El hito de 1965

A diferencia de la mayoría de los fenómenos sociales o económicos, la producción de libros parece haber seguido una progresión lineal en los últimos treinta años o, más bien, una sucesión de tres progresiones lineales. Esto significa que, durante periodos específicos, la cifra de aumento anual ha sido constante no así el porcentaje, como sucedió, por ejemplo, con la población mundial, cuya progresión ha sido geométrica.

Entre 1950 y 1962, la producción mundial de libros aumentó, regularmente, en 10.000 títulos por año (1950: 230.000, 1955: 280.000, 1960: 330.000, 1962: 350.000). Luego, súbitamente, entre 1962 y 1965, se acrecentó a razón de casi 27.000 títulos por año (1962: 350.000, 1965: 430.000). Desde 1965, el incremento anual es más irregular, pero el promedio es de 16.000 títulos.

Hay muchas explicaciones para el "salto cuantitativo" de 1962-1965. Una de ellas es puramente técnica y proviene del cambio de presentación de los datos estadísticos de los Estados Unidos de América pero no alcanza a explicar, por cierto, una aceleración tan brusca como acentuada, que parece haber interesado a muchos más países, en los que no se produjo aquel cambio.

Otra explicación, por cierto más válida, es el hecho de que, precisamente entre 1960 y 1965, fueron varias las colonias que alcanzaron la independencia y comenzaron a tener una producción de libros propia. La descolonización bien puede haber sido uno de los factores que dieron como resultado el "boom del libro" de 1962-1965. Las cuarenta y tantas naciones que se independizaron a comienzos del decenio de 1960 y que tenían, anteriormente, una ínfima producción de libros, producían, a fines del decenio de 1970, unos 15.000 títulos anualmente, cifra ciertamente baja si se la compara con los 650.000 títulos de la producción mundial, pero que no puede considerarse totalmente insignificante. No obstante, el hecho es que, a menudo, la

descolonización estimuló menos la producción de libros en las nuevas naciones que en los viejos países colonizadores, que debían ahora satisfacer las nuevas demandas de sus antiguas colonias para sus campañas de alfabetización o de desarrollo educativo.

Por lo tanto, la descolonización sólo explica en parte lo que se ha denominado "la revolución del libro" en un ensayo publicado, justamente, en aquel momento¹⁾. El estudio mencionado tendía no poco a tomar los deseos por realidades. Lo que tuvo lugar no fue una revolución, en el pleno sentido de la palabra. Las estructuras de la producción y distribución de libros no sufrieron cambios fundamentales. Algo que sí sucedió entre 1955 y 1965, fue que el fenómeno del "libro de bolsillo", es decir, el libro barato de amplia difusión, se extendió de los Estados Unidos de América a otras naciones desarrolladas con economía de mercado, y produjo una serie de importantes modificaciones tanto en las políticas comerciales como en los hábitos culturales. Una de dichas modificaciones fue el cambio de escala: el libro se incorporó a la distribución masiva y al sistema de consumo. Este cambio de escala no se produjo al mismo tiempo en todos los países: comenzó en los Estados Unidos de América, extendiéndose en los años 50 al Reino Unido; siguieron, a comienzos del decenio de 1960, la República Federal de Alemania y Japón; luego, Francia y España. En los últimos treinta años el Reino Unido, la República Federal de Alemania, Japón, Francia y España han sido responsables, constantemente, de alrededor del 26% de la producción mundial. Cada uno de los países mencionados atravesó por un periodo de agudo incremento, en algún momento, entre 1955 y 1965. Estos periodos se superpusieron entre 1962 y 1965, lo que explica el fenómeno del "salto". A continuación, se indican los porcentajes totales del aumento de la producción por títulos, durante los cuatro años mencionados, para cada país:

Reino Unido	5%
Japón	10%
República Federal de Alemania	21%
Francia	61%
España	81%

En los cinco países, el porcentaje total de aumento, en cuatro años, fue del 26% (24.000 títulos), cuando, normalmente, debería haber sido del 10,4% (9.500 títulos).

Aparentemente el total de la producción extraordinaria entre 1962 y 1965, revelada por las estadísticas, asciende a unos 65.000 títulos. De éstos, pueden descartarse 25.000 por inexistentes, debido a que los Estados Unidos de América decidieron, en aquel momento, incluir en sus estadísticas las publicaciones del Gobierno Federal y las tesis universitarias: de 54.378 títulos declarados en 1965, sólo 28.595 se ajustan a los criterios previamente enunciados.

Los países africanos, asiáticos y latinoamericanos, produjeron probablemente, menos de 4.000 títulos. Aunque es particularmente difícil efectuar evaluaciones con cifras tan bajas, al parecer, durante el periodo 1962-1965, la producción de dichos países fue tres veces mayor que la del periodo siguiente, 1965-1975.

El resto de la producción extraordinaria debe atribuirse, principalmente, a los países de Europa occidental, responsables de las tres cuartas partes del incremento real. En 1962, 15 países de esta región produjeron 120.000 títulos; en 1965, los mismos países produjeron 151.000. Expresado en términos porcentuales, el incremento fue del 25,8% mientras que, tomando en cuenta el cambio de criterios estadísticos operado en los Estados Unidos de América, el porcentaje de aumento mundial ascendió sólo al 21,1%.

1) R. Escarpit, The Book Revolution, London, Harrap Paris, Unesco, 1966.

Lo que parece confirmar que el "salto" se debe a un fenómeno de la economía de mercado, es que no se observa un porcentaje de este tipo en los países de Europa oriental, que tienen una economía planificada. Ocho de las naciones de esta región produjeron 45.000 títulos en 1962 y 46.700 en 1965, lo que implica un índice de aumento irregularmente bajo, del 3,7%. De hecho, sólo tres de estos países (Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia) produjeron, en 1965, más libros que en 1962, lo que representa un aumento de sólo 18,7%. La URSS produjo menos libros en 1965 (76.101) que en 1962 (79.140); su índice negativo fue de 3,8% y la producción disminuyó por primera vez en su historia.

El verdadero significado del hito de 1965 continúa siendo incierto. Bien puede haber sido una revolución frustrada, pero también el efecto mecánico de la prosperidad económica del mundo occidental en el decenio de 1960. De hecho, el fenómeno tuvo consecuencias duraderas y, durante el periodo mencionado, cambió sustancialmente el panorama de la publicación, venta y lectura de libros en Europa occidental.

Con mayor prudencia, podríamos también admitir que, a partir de 1965, se aceleró en todo el mundo el ritmo del fomento del libro. Queda por verse qué papel desempeñó, en dicho cambio, el programa de fomento del libro de la Unesco.

El hito de 1972

El programa de fomento del libro de la Unesco fue lanzado por la 14a. reunión de la Conferencia General en 1966. Dos años antes, la Conferencia en su 13a. reunión había destacado la importancia de los libros como instrumentos para promover los objetivos de la Organización.

En realidad, la acción de la Unesco en esa esfera había comenzado mucho antes. Ya en 1955, la Organización había encargado un estudio de los obstáculos que impedían la plena producción y libre circulación de los libros en el mundo. El estudio, publicado en 1965 con el título Libros para todos (Books for all)¹⁾ sigue siendo, un cuarto de siglo después, tan esclarecedor y estimulante como antes. El título "Libros para todos" fue elegido como lema del Año Internacional del Libro 1972, proclamado por la 16a. Conferencia General de la Unesco.

Uno de los aspectos originales de la tarea desarrollada por la Unesco durante ese periodo fue que, por primera vez en la historia todas las actividades vinculadas con la producción, la distribución y el consumo de libros integraban un proyecto común. Se realizaron consultas con autores, editores, libreros, bibliotecarios y lectores, así como con fabricantes de papel y de maquinaria de imprenta. Además, se hizo un esfuerzo sin precedentes para señalar a la atención de los gobiernos su responsabilidad política para con el fomento del libro.

El esfuerzo principal se concentró en los países en desarrollo. Se organizaron reuniones regionales para Asia, Africa al sur del Sahara, América Latina y los países árabes. En cada ocasión, se enviaron expertos para preparar los documentos básicos destinados a la reunión y para ayudar, posteriormente, a poner en práctica sus recomendaciones.

Se crearon centros regionales del libro, con el objeto de proporcionar a los diversos países de las regiones conocimientos prácticos y asistencia técnica, así como para facilitar la cooperación regional e interregional; los centros de Tokio, Bogotá, Yaundé y la Oficina Regional de la Unesco para el Fomento del Libro, en Karachi, han prestado importantes servicios en sus respectivas regiones.

1) Ronald E. Barker, Books for all, París, Unesco, 1956.

También se incitó constantemente a las autoridades nacionales, desde la reunión regional celebrada en Tokio, en 1966, a que organizaran consejos nacionales para el fomento del libro. En 1979, la Unesco publicó un folleto con excelentes consejos prácticos para la organización de dichos comités o consejos¹⁾. En 1980, unos treinta países en desarrollo de todo el mundo contaban con consejos nacionales de libros u organizaciones equivalentes. En los países desarrollados se adoptaron soluciones muy diversas, que iban desde comités estatales en los países socialistas, direcciones del libro (como en Francia), institutos bibliográficos (como en España), juntas del libro (como en los Países Bajos) hasta una variedad de organizaciones profesionales o culturales como la British National Book League.

Uno de los principales resultados del Año Internacional del Libro 1972 fue la proclamación de la Carta del Libro.

La Carta no es un instrumento internacional. La Unesco y los gobiernos nacionales no participaron en su preparación ni se comprometieron en su proclamación. Fue aprobada, primero por separado y luego en conjunto, por la Comunidad Internacional de Asociaciones de Libreros (ahora Federación Internacional de Libreros), la Confederación Internacional de Sociedades de Autores y Compositores, la Federación Internacional de Documentación, la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios (ahora Federación Internacional de Libreros y de Bibliotecas), la Federación Internacional de Traductores, el PEN Internacional y la Unión Internacional de Editores.

Aunque la Carta no obtuvo toda la publicidad que hubieran deseado sus promotores, los principios por ella enunciados han sido directa o indirectamente tomados en cuenta en las múltiples actividades vinculadas con la comunicación escrita producida en el mundo desde su proclamación. Dichos principios eran los siguientes:

1. Todos tienen derecho a leer.
2. Los libros son indispensables para la educación.
3. La sociedad tiene el deber específico de crear condiciones propicias para la actividad creadora de los autores.
4. Una vigorosa industria editorial es indispensable para el desarrollo nacional.
5. Para la industria editorial es indispensable disponer de equipos e instalaciones de fabricación adecuados.
6. Los libreros prestan un servicio de enlace fundamental entre el editor y el lector.
7. Las bibliotecas son un medio valiosísimo para difundir la información y el conocimiento y para el disfrute del saber y de la belleza.
8. La documentación presta a la causa del libro un valioso servicio al reunir y poner a disposición del público el material básico de consulta.
9. La libre circulación de los libros entre los países constituye el complemento imprescindible de la producción nacional y favorece la comprensión internacional.
10. Los libros sirven a la causa de la comprensión internacional y de la cooperación pacífica.

1) Abul Hasan, National Councils for Book Development, París, Unesco, 1979.

Diez años después, se podrían agregar algunos principios para satisfacer las demandas de un mundo en constante cambio, problema ya abordado durante la 38a. reunión del Consejo General de la IFLA, celebrado en Budapest en 1972. No obstante, la Carta tiene el enorme mérito de demostrar que es necesario superar el lema original de "Libros para todos" e investigar más a fondo los complejos mecanismos de la comunicación escrita, a través de los libros.

Una de las consecuencias que se pueden extraer de la Carta, así como de las lecciones del programa de fomento del libro es que, aunque generoso, el deseo de proporcionar a los países en desarrollo material de lectura de buena calidad y en cantidad suficiente, que ha sido siempre la idea rectora de la política de la Unesco, no se puede materializar en una sola línea de acción, sino que se fragmenta en una serie de actividades de índole técnica, económica y política, con arreglo a pautas que varían según las regiones y los países.

En 1974, la Unesco publicó un documento titulado Anatomía de un Año Internacional del Libro (Estudios y documentos de comunicación social, nº 71) en el que se destacaban muy acertadamente los principales temas elaborados a partir de la experiencia reciente.

Ya hemos mencionado dos de esos temas: la necesidad de una acción a distintos niveles y lo desacertado de emplear un solo criterio para evaluar la situación del libro en el mundo.

El tercero, que se menciona en el primer párrafo del documento, es el alarmante aumento de la diferencia entre la demanda de material de lectura y la disponibilidad de libros en la mayoría de los países en desarrollo. Este aumento, espectacularmente acentuado por el efecto contrario de los medios de comunicación de masas en expansión, ha provocado en varias regiones del mundo un verdadero fenómeno de "hambre". Un estudio publicado por la Unesco en 1973 lo destacaba claramente.

Dicho estudio¹⁾ demostraba que en 1969 un grupo de 34 países, compuesto por las naciones europeas, la URSS, los Estados Unidos de América, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Japón, producían el 81% de los títulos publicados en el mundo, aunque sólo lo representaban un 30% decreciente de la población mundial.

Podemos dar, ahora, los siguientes porcentajes provisionales, considerando en su conjunto a las naciones mencionadas:

	<u>Libros</u> (títulos)	<u>Población</u>
1950	81,2%	37%
1962	86,8%	32%
1965	85,2%	31%
1970	87,4%	29%
1978	82,4%	26%

Las cifras arriba citadas, en la medida en que son exactas y fidedignas, demuestran la importancia del año 1965 como hito; en ese momento el surgimiento de los países recién independizados, así como el relativo estancamiento de los países en Europa oriental, parecían haber frenado por un tiempo el aumento de la diferencia mencionada, a pesar del "salto" de Europa occidental. Pero, aunque fueran poco fidedignas, también demostraban muy claramente que el programa de fomento del libro tuvo un resultado bastante alentador, dado que puede observarse, en los ocho años transcurridos

1) Ronald E. Barker y R. Escarpit, The Book Hunger, París, Unesco, 1973.

entre 1970 y 1978, una tendencia evidente a la disminución de la diferencia mencionada. No obstante, será necesario seguir analizando los diversos factores que se conjugaran para determinar esa tendencia y los que podrían controlarse.

Los nuevos desafíos

Desde el AIL 1972, la situación mundial ha cambiado considerablemente; el fomento del libro debe recoger nuevos desafíos. En este análisis retrospectivo señalaremos solamente dos, porque sus orígenes son en gran medida históricos. Uno es el desarrollo exponencial de las nuevas tecnologías de comunicación, que podrían resultar peligrosas competidoras de la comunicación escrita. El otro es la nueva relación existente entre los países industrializados del hemisferio norte y el resto del mundo, que tiende a reemplazar la antigua distinción entre países desarrollados y en desarrollo por una red de acciones recíprocas muchísimo más intrincada, en la que los programas de libros corren el riesgo de perderse o de ser olvidados.

Ha pasado mucho tiempo desde el susto provocado por McLuhan, que llevó a muchas personas a considerar la radio y la televisión como posibles adversarios de los libros. Por el contrario, es ahora evidente que ambos medios resultaron ser aliados valiosos para el fomento del hábito de la lectura. Además, el número de televisores en los países altamente desarrollados e industrializados parece haber llegado en la actualidad a un punto de saturación que, con excepción de los Estados Unidos de América, oscila entre 250 y 400 aparatos por cada mil habitantes y un índice anual de crecimiento que varía entre el 0,5 y el 3%. Hasta parecería que el tiempo medio dedicado a mirar la televisión disminuye marcadamente en algunos países.

La situación es bastante distinta en los países en desarrollo, en los que el uso, y el abuso, de las nuevas tecnologías puede frenar indirectamente, el fomento del libro, en la medida en que son el resultado de políticas económicas que, en lugar de hacer inversiones en la comunicación escrita, pueden desviarlas a medios tal vez más sofisticados, pero menos flexibles. Citaremos, como ejemplo, el caso de Costa de Marfil. A comienzos del decenio de 1970, esta próspera nación de África occidental cuyo producto nacional bruto es uno de los más altos de la región al sur del Sahara, decidió hacer inversiones en televisión educativa. Se elaboró y aplicó, con gran eficiencia, un complejo programa educativo. El centro Bouaké sigue siendo uno de los logros más notables del mundo, tanto por la calidad de su equipo como por la de sus productos. No obstante, diez años después, el Gobierno debió revisar su política y consideró necesario dar un nuevo impulso a la comunicación escrita, descuidada durante tanto tiempo. En lo que se refiere al número de televisores, los resultados fueron espectaculares: Costa de Marfil tenía 58 para 1.000 habitantes, cifra no igualada en la región, cuyo promedio es de 6,5. Pero, también, fue obvio que el resultado cultural del experimento, aunque considerable, no justificó su enorme costo. Una de las razones fue que la paralización consiguiente de la producción de libros, e incluso de la lectura de periódicos, atenuó y a veces anuló los efectos de la televisión educativa.

Es interesante comparar esta situación con la de un país vecino, Ghana, que tiene antecedentes étnicos y culturales semejantes, una población algo más numerosa y un producto nacional bruto un poco más bajo. El siguiente cuadro resume los datos pertinentes, para ambos países, en 1977:

	COSTA DE MARFIL	GHANA
Población	7.230.000	10.630.000
Radios por 1.000 habitantes	155	105
Televisores por 1.000 habitantes	58	3,8
Butacas de cine por 1.000 habitantes	8	1,3
Producción de libros (títulos)	125	135
Circulación de periódicos por 1.000 habitantes	13 (1976)	42 (1976)
Consumo de papel de imprenta (Kilogramo por habitante)	0,58	0,62
Consumo de papel de periódico (Kilogramo por habitante)	0,11	0,67
Matrícula escolar (1er nivel)	71%	71%
Matrícula escolar (2º nivel)	44%	51%

Vemos claramente que, a pesar del considerable desarrollo de los medios audiovisuales, Costa de Marfil está algo retrasada, en la esfera de la comunicación escrita, en comparación con Ghana. La diferencia es particularmente evidente en el rubro diarios, pero afecta más a los libros de lo que podría pensarse a juzgar por las cifras mencionadas. Ghana ha heredado la tradición bibliotecaria de Gran Bretaña: sus 7 bibliotecas públicas, que poseen casi 1 millón de volúmenes, puede compararse con las de los países más grandes de Africa, como Egipto o Nigeria. Además, el volumen de las ediciones de Ghana (un promedio de 8.200 ejemplares por título) hace que la disponibilidad nacional de libros sea de casi 1 ejemplar anual para 3 posibles lectores, cifra extraordinariamente alta para Africa.

La herencia francesa de Costa de Marfil, en la esfera del libro, ha sido algo más pobre. A pesar de la capacidad y dedicación de los dirigentes nacionales, la elección de los medios audiovisuales les impidió compensar las insuficiencias de la producción nacional de libros, lo que implica una mayor dependencia con respecto a los países francófonos desarrollados, especialmente Francia. Este hecho tiene consecuencias culturales de largo alcance.

El caso de Costa de Marfil era sólo un ejemplo. Hay muchos otros países en desarrollo que se encuentran en situaciones similares. Podemos aplicar a todos ellos un modelo común: muchas veces, al elegir inversiones se los presionó para que adoptaran tecnologías avanzadas, que tal vez no se adaptaban a sus respectivas situaciones, aumentando en consecuencia su dependencia de los países desarrollados.

Esta situación se vincula claramente con el segundo desafío que ha de recoger el fomento del libro, es decir, la nueva relación entre el Norte y el Sur y, más específicamente, las nuevas exigencias de un orden mundial de la información y la comunicación.

Los libros constituyen el núcleo de cualquier sistema de información productivo. Hasta el momento y probablemente durante largo tiempo, no hay tecnología ni informática, por complejas que sean, capaces de sustituirlos en su papel específico, que es el proporcionar a las personas los medios para que elaboren de forma crítica y autónoma la información, es decir, el arma de la libertad. Una red de comunicación que no incluya entre sus sectores el elemento poderoso y eficaz de los libros, no transmite información sino tan sólo ruido, una manera perfecta de enmascarar un sistema de persuasión solapada. No puede existir un nuevo orden de la información sin un nuevo orden del libro en todo el mundo.

No hay atajos para lograr la libertad del individuo, y el fomento del libro es un estadio obligatorio. Desde luego, los países en desarrollo no tienen por qué seguir

el camino errático de muchas naciones desarrolladas y no pueden permitirse repetir sus errores. Los países altamente industrializados no son inmunes a las consecuencias de una mala elección de inversiones, aun cuando su riqueza disimule el efecto perjudicial que puedan tener sobre el fomento del libro. Por ejemplo, en un país como Francia, el gran despliegue tecnológico de los últimos 30 años, con las técnicas audiovisuales, las computadoras, los satélites y la nueva "telemática", han frenado la edición de libros y, en particular, el fomento de las bibliotecas. Al desequilibrar las inversiones públicas, han impedido la elaboración de una política de comunicación coherente, en la cual los libros hubieran tenido el lugar que les corresponde. Por ese motivo, en el Gobierno actual los libros están bajo responsabilidad del Ministerio de Cultura y no del de Comunicación, como ocurre con la radio y la televisión. Y esta situación no es exclusiva de Francia. Desde luego, los libros forman parte de una cultura, pero son en esencia una parte vital de la comunicación. La única forma de aceptar el desafío de las nuevas tecnologías y de sus consecuencias políticas, es reconocer ese hecho fundamental.

2

TENDENCIAS REGIONALES Y NACIONALES

Como ya se ha dicho, si bien la distinción admitida entre países desarrollados y países en desarrollo es útil para las evaluaciones globales, resulta insuficiente para abarcar la multiplicidad de las situaciones y la complejidad de las interacciones que se dan en el mundo en los últimos decenios del siglo XX. Es necesario, pues, desglosar las cifras por regiones concretas o incluso por naciones.

En las evaluaciones que figuran a continuación, el periodo considerado es el de 1970-1978, sobre el que se dispone de cifras verificables. Fácilmente pueden deducirse las consecuencias para el decenio siguiente al Año Internacional del Libro, que se celebró en 1972.

Los privilegiados

Al parecer, los 34 países desarrollados antes citados gozan de una situación algo menos privilegiada que antes, como puede verse en el siguiente cuadro, donde se muestran sus porcentajes de las cifras mundiales.

	1970	1978
Población	29,2%	26,3%
Producción de libros (títulos)	86,6%	82,1%
Producción de libros (ejemplares)	93,0%	89,0%
Consumo de papel de imprenta	87,5%	85,0%

Esta situación permite numerosas interpretaciones contradictorias, sobre todo si se tienen en cuenta otras cifras. Convendría destacar que la tasa de crecimiento de la población de los países desarrollados (6% en ocho años) es muy inferior a la de la producción de libros (16,8% para los títulos) o la de consumo de papel (35,1%). El hecho de que la población alfabetizada de los países en desarrollo esté aumentando con rapidez, implica que la desproporción sigue acentuándose. Por otra parte, habría que señalar que aumenta mucho más lentamente que antes y que en los últimos cinco años ha mostrado una tendencia a la estabilización. La producción mundial de libros, que creció en un 23% en ocho años, ha aumentado enormemente entre 1975 y 1978, y la participación de los países desarrollados en dicho aumento ha permanecido prácticamente al mismo nivel, como puede verse en el siguiente cuadro:

Producción de libros (en millares de títulos)

	1970	1975	AUMENTO 1970-1975	1978	AUMENTO 1975-1978
<u>Todo el mundo</u>	521	568	47	642	74
<u>Países desarrollados</u>	451	480	29	527	47
<u>Porcentaje de aumento mantenido por los países desarrollados</u>			61,7%		63,5%

Descontando la imprecisión de los datos estadísticos, hay que reconocer que el porcentaje permanece prácticamente inalterado. Ahora bien, las cifras mencionadas, que pertenecen al Anuario de Estadística de la Unesco, incluyen la producción de China en 1978 (12.493 títulos) y no en 1970. Nuestra evaluación personal, que no toma en cuenta los datos de China por su poca fiabilidad, arroja un descenso real del 0,4%.

Hay que admitir, pues, que el privilegio de los países desarrollados ha dejado de ser un monopolio. Sería erróneo, no obstante, considerar a los países desarrollados como un todo, sin prestar atención a las diferentes tendencias que se observan en ellos.

El índice de aumento del número de títulos editados en los países desarrollados entre 1970 y 1978 es del 17% en ocho años aproximadamente, siendo posible desglosar esa cifra por regiones y naciones. En el siguiente cuadro se indica en la primera columna el porcentaje de aumento y en las otras dos el porcentaje de la producción total de los países desarrollados correspondiente a cada región o nación citadas.

	<u>Aumento del número de títulos</u>	<u>Porcentaje del número total de títulos editados en los países desarrollados</u>	
	1970 a 1978	1970	1978
Japón	+ 40,7%	7,1%	8,4%
URSS	+ 22,2%	18,0%	18,5%
Europa oriental	+ 20,0%	11,2%	11,3%
EE.UU. + Canadá	+ 18,4%	18,9%	18,9%
Europa occidental	+ 15,2%	43,2%	41,8%
Australia + Nueva Zelandia	- 20,8%	1,6%	1,0%

El porcentaje de aumento del Japón es impresionante. De hecho, a este solo país le corresponde más del 15% del aumento total de los países desarrollados. El aumento del número de ejemplares y de consumo de papel, que se elevaron en un 50% en ocho años, confirman el auge que ha experimentado el libro en Japón.

El aumento fue evidente tanto en la URSS como en los países de Europa oriental, resultado bastante notable si se tiene en cuenta que hacia mediados del decenio de los 60 se encontraban estancados y, sobre todo, que su producción de libros a lo largo de 13 años, entre 1962 y 1975, había permanecido prácticamente al mismo nivel. Este auge es, por lo tanto, un fenómeno bastante reciente y puede obedecer en parte a las actividades del Año Internacional del Libro (1972) en materia de investigación y organización.

El aumento registrado en América del Norte se encuentra ligeramente por encima de la media, lo que probablemente se debe a que la producción de Canadá aumentó de 3.457 a 3.190 títulos, lo que supone un logro notable, aunque esperado. El crecimiento en Estados Unidos fue mucho más lento que durante el periodo de 1965-1970, pero se mantiene paralelo al de la URSS. La verdad es que esta permanente igualdad entre los dos gigantes podría llevar a cuestionar sus estadísticas. Sabemos que los criterios de estadística cambiaron en América en los años 60, pero sabemos también que una serie de títulos soviéticos se cuentan varias veces, pues las cifras no se refieren tan sólo a los libros en ruso, sino a la producción acumulada en los 61 idiomas principales de la Unión y en unos 30 idiomas extranjeros. Así pues, es prudente concluir que tanto la producción de Estados Unidos como la de la URSS oscilan entre los 60.000 y los 70.000 títulos, dejando de lado la cuestión de quién lleva en realidad la delantera.

La disminución que se observa en Australia y Nueva Zelanda no es realmente significativa. Estos dos países y, sobre todo, Australia, habían tenido su "explosión del libro" entre 1965 y 1970. Es demasiado pronto para decir si la evolución actual es una mera nivelación de sus tasas de crecimiento a largo plazo. Las cifras de que se dispone son demasiado bajas para permitir un cálculo fiable. Un aspecto importante, sin embargo, es que en 1978 la participación de los países en desarrollo en la producción de Oceanía suponía un 13%, que aumentaba regularmente.

La conclusión que puede extraerse de las citadas observaciones es que, a raíz del Año Internacional del Libro 1972, se ha producido una reorganización de la jerarquía de los principales productores de libros del mundo. Entre los que producen aproximadamente 20.000 o más títulos por año, la situación en 1965, 1970 y 1978 puede resumirse como figura en el siguiente cuadro.

<u>Producción</u> (en millares de títulos)	<u>1965</u>	<u>1970</u>	<u>1978</u>
80 - 90			1. URSS 2. EE.UU.
70 - 80	1. URSS	1. EE.UU. 2. URSS	
60 - 70			
50 - 60	2. EE.UU.		3. República Federal de Alemania
40 - 50		3. República Federal de Alemania	4. Japón
30 - 40		4. Reino Unido 5. Japón	5. Reino Unido
20 - 30	3. Reino Unido 4. República Federal de Alemania 5. Japón 6. Francia	6. Francia	6. Francia 7. España
10 - 20	7. España	7. España	

Como se ve, la República Federal de Alemania sigue siendo el más claro competidor de los dos "gigantes". Si se suman las cifras correspondientes a la República Federal de Alemania, a la República Democrática Alemana y a Austria, es evidente que el número de libros editados en alemán sobrepasa ampliamente la cifra de 60.000.

Con todo, el gran triunfador es Japón, que aventaja a su antiguo rival, el Reino Unido, y puede sobrepasar en breve a la República Federal de Alemania si se mantienen las tendencias actuales.

Otro fenómeno que salta a la vista es el ascenso de España, que se beneficia de su creciente dominación del mercado latinoamericano. De hecho, es muy posible que haya aventajado a Francia en 1978, ya que la cifra que en el cuadro corresponde a este país es aproximativa.

Otra observación importante que cabe hacer es que a los siete países antes mencionados les corresponde un porcentaje cada vez mayor no sólo de la producción mundial, sino también de la producción de los países desarrollados, como puede verse en el cuadro siguiente.

	1965	1970	1975
Porcentaje 7 países/todo el mundo	46%	53%	55%
Porcentaje 7 países/países desarrollados	61%	63%	67%

Se observa que, entre 1970 y 1975, la participación de los líderes en la producción de los países desarrollados, experimenta un aumento mayor que su participación en la producción mundial, lo que podría indicar un fenómeno de polarización en torno a cierto número de grandes productores culturales. Dicho fenómeno, pese a su lentitud, tiene consecuencias enormes, en la medida en que tiende a sentar sobre el mundo entero el dominio de un número limitado de idiomas vehiculares. El número de libros que se publican en inglés fuera de los países en los que esta lengua es el idioma nacional oficial, supera al de los que se publican en el Reino Unido.

Un cálculo aproximado indica que los libros publicados en inglés, ruso, alemán, francés y español (el japonés no se incluye por razones obvias) supusieron el 64,6% de la producción mundial en 1978, mientras que en 1965 suponían sólo el 59%. En el cuadro siguiente se presenta el desglose por idiomas.

	1965	1978
Inglés	20,2%	25,3%
Ruso	17,7%	14,8%
Alemán	8,8%	11,5%
Francés	5,6%	7,0%
Español	6,7%	6,0%

La difusión del inglés es un fenómeno bien conocido que se debe en parte a la influencia técnica, económica y política de los Estados Unidos y, en parte, al hecho de que las antiguas colonias británicas publican en inglés la mayoría de sus libros. Este segundo factor favorece igualmente al francés, que cuenta también con la ayuda de Quebec, donde, en 1978, se editaron 2.651 títulos en francés. No favorece, sin embargo, al español, ya que las colonias españolas obtuvieron su independencia mucho tiempo atrás. El alemán, pese a que prácticamente no se usa en el resto del mundo, es uno de los principales idiomas de comunicación en Europa, donde anualmente se publican más de 3.000 títulos en alemán fuera de la República Federal de Alemania, la República Democrática Alemana, Austria y Suiza, que, en conjunto, publicaron 5.934

primeras ediciones en alemán en el año 1978. El ruso se emplea también fundamentalmente en Europa, pero en la zona, más restringida, de la Europa oriental. Fuera de la zona de influencia soviética, se imprimen en ruso menos de 1.000 libros al año.

Es evidente que el privilegio lingüístico de un número reducido de naciones puede convertirse a la larga en un monopolio, hecho éste que supone una peligrosa amenaza para la identidad cultural de otras naciones. La situación es particularmente inquietante en Africa, donde los libros en lenguas vernáculos son, por desgracia, minoritarios. En la República Unida del Camerún, de 54 libros publicados en 1978, 40 lo fueron en francés y 14 en inglés; en Ghana, de 251 libros, 218 eran en inglés, uno en francés, dos en otras lenguas extranjeras y sólo 29 en idiomas africanos; en Kenya, en 1976, de 183 libros, 121 eran en inglés, tres en francés, 13 en otros idiomas extranjeros y tan sólo 46 en swahili; en Nigeria, en 1978, de 1.175 libros, 889 eran en inglés y 286 en idiomas africanos, proporción evidentemente mejor. El ejemplo, sin embargo, lo da Madagascar, donde de 219 libros publicados en 1978, 52 lo fueron en francés, dos en inglés, uno en español y 164 en malgache.

Los desposeídos: Africa

El manejo de las cifras para evaluar la situación africana presenta muchas dificultades. Por un lado, las cifras de que se dispone son demasiado bajas para permitir una evaluación fiable de las variaciones: por ejemplo, Ghana produjo 237 títulos en 1976, 135 en 1977 y 251 en 1978, lo que supondría una inexplicable reducción a casi la mitad de la producción normal en 1977. Por otra parte, de los Estados Miembros de la Unesco en la región (más de 40, sin contar los Estados árabes), únicamente existían estadísticas de 20 en 1978, de 15 en 1970 y de tres en 1965.

A veces, simples casualidades editoriales pueden alterar las cifras, induciendo a error. Si tomamos el ejemplo de Ghana -uno de los pocos países de los que existen datos suficientes para realizar un análisis de este tipo-, según las estadísticas, en 1970 se imprimieron en dicho país 324.000 ejemplares de 104 títulos, esto es, una media de 3.115 ejemplares por título y, en 1977, se publicaron 1.114.000 ejemplares de 135 títulos, lo que equivale a un promedio de 8.252 ejemplares por título. Sería temerario concluir que se produjo un aumento real del 165%. Al considerar las cifras más atentamente, se observa que de los 135 títulos, 567.000 ejemplares son folletos de carácter religioso y a las restantes publicaciones les corresponde un promedio de 4.800 ejemplares por título.

Una forma indirecta para hacerse una idea más clara de la situación es considerar el consumo de papel de imprenta. En el cuadro que figura a continuación, los países aparecen clasificados en orden decreciente por su consumo de papel de imprenta en 1978, expresado en kilogramos por habitante. También se citan las cifras correspondientes a 1970 y las variaciones se indican mediante signo +, signo - y signo =, cuando la diferencia es menor al 10% de la cifra de 1970.

	1970	1978	Var.
Malawi	0,573	2,573	+
Mauricio	0,971	1,699	+
Zimbabwe	1,922	1,480	-
Gabón	0,200	1,119	+
Kenya	0,605	1,098	+
Angola	0,617	0,825	+
Zambia	1,234	0,654	-
Ghana	0,881	0,640	-
Camerún	0,223	0,584	+
Costa de Marfil	0,580 (ev.)	0,579	=

	1970	1978	Var.
Nigeria	0,494	0,451	=
Tanzanía	0,384	0,296	-
Etiopía	0,036	0,152	+
Benin	0,150 (ev.)	0,150	=
Somalia	0,036	0,145	+
Zaire	0,110	0,144	+
Congo	0,168	0,138	-
Liberia	0,107	0,123	+
Senegal	0,745	0,112	-
República Centroafricana	0,125 (ev.)	0,100 (ev.)	-
Malí	0,070 (ev.)	0,059	-
Uganda	0,265	0,040	-
Chad	0,027	0,025	=
Níger	0,025	0,020	-

La falta de datos actualizados no permitió incluir a una serie de países productores de libros, como Botswana, Guinea, Madagascar, Mozambique y Sierra Leona. Además, es preciso hacer una corrección en el caso del Senegal, donde el consumo de papel de diario compensó, al parecer, el de papel de imprenta. En dicho país, el consumo anual de papel de diario aumentó de 0,113 a 0,932 kilogramos por habitante, en tanto que el consumo de papel de imprenta descendió de 0,745 a 0,112. Ello puede deberse al empleo de papel de diario para imprimir publicaciones clasificadas como libros.

Para la interpretación del cuadro hay que tener presente que el consumo medio anual de papel de imprenta en el mundo, es de 8,5 kilogramos por habitante y que en la región es de 0,4 kilogramos por habitante. De los 24 países incluidos, 11 se encuentran por encima de la media y 13 por debajo. Por otra parte, 10 países aumentaron su consumo, 10 lo redujeron y en 4 se mantuvo estable. Hay que observar también que entre los consumidores por encima de la media 6 aumentaron su consumo, 2 lo mantuvieron estable y solamente 3 lo redujeron, en tanto que entre los consumidores que se encuentran por debajo de la media, solamente 4 lo aumentaron, 2 lo mantuvieron estable y 7 lo redujeron. Todo ello es claro índice de una tendencia que se observa en el mundo entero, pero que resulta particularmente inquietante en Africa: la polarización hacia una serie de países que, por razones históricas, políticas o económicas, han tenido la posibilidad de franquear el umbral que separa la miseria absoluta de la simple pobreza.

Pero el consumo de papel es sólo un indicador y debe utilizarse con prudencia. Desde una óptica distinta, algunos de los resultados se ven confirmados por el magnífico análisis que se hace en una publicación reciente de la Unesco sobre la situación del libro en la región¹⁾. En dicho estudio se ponen de relieve los dos obstáculos principales que se oponen al desarrollo del libro en Africa y que son, por un lado, la dependencia económica del comercio del libro de los países desarrollados y, por otro, la división política y cultural de Africa.

Incluso las iniciativas gubernamentales mejor planificadas suelen caer en manos de editores de la antigua metrópoli de la colonia y favorecen más las importaciones que la producción nacional. Así, la Ghana Publishing Corporation y la Zambian Kenneth Kauda Foundation han firmado acuerdos con MacMillan & Co Ltd., que, si bien han tenido algunos efectos positivos sobre la disponibilidad de libros en la región, prácticamente han puesto el mercado del libro en manos de los editores británicos. Las Nouvelles Editions Africaines, creadas por iniciativa de Senegal y Costa de Marfil, en las que cinco importantes editores franceses son socios minoritarios,

1) S.I.A. Kotei, The book today in Africa, París, Unesco, 1981.

extienden su influencia sobre la mayoría de las antiguas colonias francesas del Africa occidental. Su eficacia está suficientemente demostrada en lo que respecta al abastecimiento de material de lectura en francés, pero no puede decirse otro tanto en cuanto a la promoción de las ediciones y los autores africanos. Hay, además, muchos "editores expatriados", procedentes de América y Europa, que han establecido filiales en Africa con efectos similares, como por ejemplo Evans Brothers, Heinemann Educational, Longman, Nelson, Oxford University Press, MacMillan o Hachette Editions Saint Paul.

S.I.A. Kotei insiste en el pernicioso efecto que ejercen las importaciones sobre las ediciones locales, en particular cuando adoptan la forma de donaciones, incluso si son bien intencionadas, como las procedentes del Reino Unido (Consejo Británico), los Estados Unidos (Agencia Internacional de Comunicación) o la Unión Soviética. Los más afectados son los libros de texto: "El sistema pedagógico ha seguido siendo plenamente británico, francés o español, al igual que antes de la descolonización. Más aún, la metodología, el estilo y las referencias académicas preferidas por los profesores africanos son los de las universidades metropolitanas"¹⁾. Y el autor concluye con esta justa observación: "Lo único que puede eliminar esta dependencia de las multinacionales extranjeras es, como se ha hecho en el Sudán, la adopción de una lengua vernácula como medio de comunicación"¹⁾.

Sin duda esta solución podría ser no sólo el remedio, sino también parte de la cura. Ahora bien, el Sudán es un país en el que se habla árabe y ello le permite publicar en esa lengua prácticamente dos terceras partes de los libros que edita. El problema estriba en que todos los países africanos que se encuentran al sur del Sahara son multilingües y únicamente las minorías hablan los idiomas vehiculares europeos. Este hecho apunta a la conveniencia de editar libros en lingua franca, esto es, en una de las lenguas vehiculares africanas que evolucionaron a partir de las necesidades del comercio y la comunicación corriente. Tal es el caso del swahili, que se habla en la mayoría de los países del Africa oriental y en parte del Zaire. En Tanzania, donde el idioma nacional es el swahili, la mitad de la producción se publica en dicha lengua. También Kenya edita libros en swahili, como ya se ha dicho. El número de libros que se editan hoy en swahili anualmente en la región puede calcularse con seguridad en torno a los 300.

El único equivalente del swahili en el Africa occidental podría ser el hausa, una lengua del norte de Nigeria que se ha empleado durante mucho tiempo para el comercio desde el Sahel hasta el Camerún, pero que está mucho menos generalizada que el swahili. También podría servir para esta finalidad el fulbe, un idioma senegalés que se habla hasta en el Camerún, lo mismo que el bambara y otras lenguas del grupo mandingo del nordeste de la región: un diario publicado en bambara, Kibaru, lanzado en 1972 con una inversión mínima, ha aumentado notablemente el número de lectores en Malí. No puede pasarse por alto el auge de las literaturas ewe y yoruba en Ghana, Togo y Nigeria: en todos estos casos se hizo un esfuerzo para unificar los distintos dialectos. Un esfuerzo similar, que podría realizarse a través de las escuelas y la radio, debería cubrir evidentemente toda la región para poder superar la diversidad de lenguas. La elección de un número limitado de idiomas muy difundidos para la comunicación escrita en la región y en sus subregiones, no debería afectar a las lenguas minoritarias ni a las identidades étnicas.

Los numerosos: Asia

Asia no puede examinarse en bloque: cuenta con más de la mitad de la población mundial, y comprende, en primer lugar, dos subcontinentes, China y la India. Algo más de un hombre de cada cinco es chino, y más de uno de cada siete es indio.

¹⁾ S.I.A. Kotei, The book today in Africa, París, Unesco, 1981.

También se encuentra en este continente un país altamente desarrollado que es uno de los gigantes editoriales, Japón, del que ya nos hemos ocupado. Además, Hong Kong, Singapur y la República de Corea, con niveles de vida más bajos, son cabezas de puente del mundo desarrollado, que encuentra en ellas mano de obra preparada y barata y que ha efectuado inversiones en material y equipo. Su producción de libros, teniendo en cuenta el número de habitantes, es comparable a la de la mayoría de los países europeos.

En la parte occidental, los Estados árabes de Asia Menor se examinan como región aparte junto con los del norte de Africa, pero en torno al Mediterráneo hay una serie de países del Cercano Oriente que, si bien desde un punto de vista técnico pertenecen a Asia, tienen una afinidad cultural mucho mayor con Europa. Dichos países euroasiáticos son Chipre, Israel y Turquía, todos ellos productores de libros de bastante importancia.

Los demás países de la región presentan enormes diferencias en sus instituciones culturales y políticas, en el nivel de vida y en la extensión: Afganistán, Bangladesh, Bhután, Birmania, la República Democrática de Corea, Filipinas, Kampuchea Democrática, Indonesia, Irán, la República Democrática Popular Lao, Malasia, Mongolia, Nepal, Pakistán, Sri Lanka, Tailandia y Viet Nam. Su común denominador es la pobreza. Algunos de ellos figuran entre los países más pobres del mundo. Su población total es muy superior a la de toda Europa y su producción total de libros, muy inferior a la de España. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de los países africanos, todos ellos tienen una antigua tradición de cultura escrita. Para la comunicación escrita usan habitualmente al menos 20 lenguas muy antiguas de cinco grupos diferentes, con más de 15 escrituras distintas, que van desde los alfabetos árabe o latino a las que se derivan del devanagari o los caracteres chinos.

1. China

Existen pocas cifras fiables de China con anterioridad a 1976. Nuestra estimación personal para 1965 es de 50.000, pero al parecer es algo excesiva. Oficialmente, China había publicado 2.507 títulos en 1952, cifra que se queda probablemente corta.

En el cuadro que figura a continuación se resumen los datos relativos a 1978.

	TITULOS	EJEMPLARES (miles)	EJEMPLARES POR TITULO
Ciencias humanas y sociales	1.736	299.610	172.586
Educación, esparcimiento, viajes	919	275.030	299.271
Ciencia, ingeniería, comercio y transporte	3.474	253.240	72.895
Arte, literatura y lingüística	1.750	131.390	75.080
Libros infantiles y libros de texto	4.674	2.606.890	557.742
TOTAL	12.493	3.566.160	285.462

Lo más sobresaliente es, sin duda, la magnitud de las ediciones, debida a la inmensa población. Llama particularmente la atención el hecho de que se editen 3,8 ejemplares de cada libro por habitante, cifra que se aproxima, por ejemplo, a la de Polonia. Sin embargo, una característica más peculiar es que las autoridades chinas aspiran a lograr la máxima eficiencia con escaso número de títulos y amplias ediciones de cada uno. Esto podría convertirse en un error si llegara a cobrar prioridad sobre el pleno aprovechamiento de los enormes recursos intelectuales del país. La normalización puede contribuir a estimular el desarrollo del libro, pero también puede frenarlo a largo plazo.

Un indicador importante que pone de relieve que las tiradas amplias son parte de la estrategia planificada a largo plazo en China, es el aumento del consumo de papel de imprenta, que fue de 905.800 toneladas métricas en 1965, de 1.138.000 t.m. en 1970 y de 2.244.400 t.m. en 1978, lo que supone un aumento de casi el 100% en ocho años, sin igual en la subregión.

Otra característica sobresaliente es la importancia que se concede a los libros infantiles y libros de texto, que suponen un tercio de los títulos y dos tercios del número de ejemplares. En las escuelas chinas hay aproximadamente 300 millones de alumnos del primer y el segundo nivel, lo que significa que cada niño dispone de 8,6 libros por año, cantidad bastante satisfactoria. Así pues, China está dando absoluta prioridad al fomento de la lectura entre la generación más joven.

En relación con China hay otros dos factores que merecen destacarse: el esfuerzo realizado en favor de las minorías lingüísticas y el empleo del alfabeto latino (pinyin) para facilitar la temprana adquisición del hábito de la lectura.

2. India

El caso de la India es más inquietante. La producción de libros presenta una tendencia descendente:

1965:	13.094	títulos
1970:	14.145	"
1976:	15.802	"
1977:	12.885	"
1978:	12.932	"

Esta disminución afecta a la mayoría de los géneros, pero más especialmente a las ciencias aplicadas: 2.139 en 1976, 911 en 1978. Confirma esa tendencia la bajísima tasa de aumento del consumo de papel de imprenta: + 17,8% entre 1970 y 1978 (+ 62,8% para la región, sin contar China).

Todo ello resulta aun más sorprendente si se tiene en cuenta que la India es uno de los países del mundo en que la planificación del desarrollo del libro se realizó correctamente y se mostró muy eficaz en las actividades de organización, tanto nacionales como regionales, durante el Año Internacional del Libro. La India cuenta con un consejo nacional de desarrollo del libro y otras organizaciones como la Asociación Nacional del Libro o la Asociación del Libro en Lenguas del Sur, que han tenido éxito en la publicación de libros baratos. Existen también en la India editores privados con experiencia y bibliotecarios muy capacitados. La red de distribución es insuficiente, pero ha mejorado en los últimos años. El Plan Nacional de Bibliotecas, iniciado en el decenio de los años 60 por un editor de Delhi, ha arrojado resultados alentadores en las zonas rurales de Uttar Pradesh.

Uno de los motivos del estancamiento que sufre la India es, a todas luces, el bajo nivel de educación. El censo de 1971 indicaba la existencia de un 66,6% de analfabetos de la población total y un 73,6% en las zonas rurales. En ese mismo año, el 72,2% de la población total no había asistido a la escuela, elevándose ese porcentaje al 78,6% en las zonas rurales. En 1977, el número de matrículas escolares en el primer nivel (5 a 9 años) seguía suponiendo tan sólo el 79% del grupo de población de esa edad, con un número total de alumnos matriculados de 70.149.960. Hay que destacar asimismo que las mujeres fueron fundamentalmente las más afectadas por el analfabetismo y la falta de escolarización, aunque frecuentemente y en muchos países ellas son las mejores propagandistas de la lectura. Las proyecciones permiten inferir que la población lectora de la India, contando a los niños, debe haber aumentado a poco más de 200 millones de lectores potenciales.

Una cantidad tan ingente de personas podría suponer un mercado del libro considerable si fuera homogénea. Aparte de las enormes disparidades económicas, existen innumerables diferencias en materia de religión, costumbres, modos de vida, medio ambiente, culturas y, en particular, idiomas. Existen en la India 22 idiomas de amplia difusión, 16 de los cuales son arios (emparentados con el sánscrito) y 6 drávidas, prácticamente todos ellos con su propia escritura. En lo que respecta a la lectura, es muy poco lo que puede haber en común entre un brahmán de Delhi, un intelectual bengalí, un trabajador tamil de Madrás, un expatriado de Kerala y un campesino de Bihar. El inglés como lengua vehicular nacional tiene mayor aceptación que el hindi entre los grupos de población que hablan idiomas drávidas. La producción vernácula en tamil se encuentra particularmente avanzada y puede ser leída en algunas zonas de Sri Lanka y Birmania. De los 12.932 libros publicados en la India en 1978, 4.393 eran en inglés, 2.179 en hindi y 6.360 en otras lenguas. De todos esos libros, únicamente 864 eran libros de texto y 466 libros para niños. Estas cifras son bastante bajas, pese a que la Asociación de Libros Infantiles de Delhi y la Asociación de Libros en Lenguas del Sur han realizado esfuerzos encomiables para impulsar la publicación de ediciones multilingües. La India organizó incluso una Feria del Libro Infantil en 1979, durante el Año Internacional del Niño.

La magnitud y la diversidad de la población de la India son, al mismo tiempo, la rémora y la esperanza de este país. Las soluciones a sus problemas en relación con el libro no pueden ser sino de carácter político. Únicamente una estrategia global de desarrollo puede permitir a los editores, educadores y bibliotecarios de la India obtener el fruto de los meritorios esfuerzos realizados antes y después de 1972, Año Internacional del Libro. La India es un país demasiado vasto para que se le pueda prestar ayuda desde el exterior: tiene que hallar los remedios a partir de sus propios recursos.

3. Las cabezas de puente

Poco puede decirse sobre Hong Kong y Singapur. De los 3.041 libros que publicaron en 1978, 1.262 eran en inglés, 1.534 en chino, 89 en malayo, 10 en tamil y otras lenguas. Una característica de ambos países es que el número de folletos, en comparación con el de libros, es muy elevado. En Hong Kong, los libros en sí suponen sólo el 54% de los títulos y el 39% de los ejemplares, con un promedio de 3.800 ejemplares por título. En Singapur, representan el 68% de los títulos y el 59% de los ejemplares, con una media de 4.600 ejemplares por título. Evidentemente, esto nos obliga a una ligera revisión de la comparación que antes hicimos con los países europeos. Uno y otro país favorece las ciencias sociales pero, como era de esperar, una gran proporción de folletos se dedican a la educación y al esparcimiento. Ambos países son productores importantes de libros infantiles y de texto. Hong Kong produce anualmente 155 títulos y 692.000 ejemplares de libros infantiles (edición media: 4.464), y 200 títulos y 3.765.000 ejemplares de libros de texto (edición media: 18.825). Singapur produce 99 títulos y 687.000 ejemplares de libros infantiles (edición media: 6.939), y 115 títulos y 2.150.000 ejemplares de libros de texto (edición media: 18.695). La principal diferencia entre los dos países está en el consumo de papel de imprenta: Hong Kong consume un poco más de papel por habitante que Singapur (25 kg anuales frente a 21). Uno y otro dependen totalmente de las importaciones.

La República de Corea cuenta con una producción muy equilibrada, con más de un 25% de textos literarios, proporción particularmente elevada. La tirada media de las ediciones es de 4.262 ejemplares por título. En lo que respecta a los textos literarios, apenas llega a los 1.000. Pero la característica más sobresaliente es el incremento de la producción de libros desde 1970, en que era de 4.027 títulos solamente, frente a los 16.364 editados en 1978. El consumo de papel de imprenta confirma esa tendencia, puesto que aumentó simultáneamente de 0,724 kg anuales por habitante a 5,777.

4. Los países euroasiáticos

Chipre, Israel y Turquía podrían figurar perfectamente entre los países europeos. Sin embargo, existen diferencias manifiestas en su consumo de papel de imprenta.

Israel, con un consumo constante, aunque ligeramente en descenso, de 11,5 kg anuales por habitante, responde a los modelos europeos. Sus 2.214 títulos en 1977, de los cuales 1.919 eran en hebreo, y sus 1.166.800 ejemplares pueden parecer cifras algo bajas para un país totalmente alfabetizado, que contaba entonces con 3.611.100 habitantes, pero hay que tener presente que una parte considerable de la población lee libros extranjeros en idiomas europeos, lo que, en el pasado, fue un obstáculo importante para el desarrollo de las editoriales israelíes en hebreo, cuando la generación de inmigrantes de la posguerra prefería frecuentemente leer en sus lenguas maternas: entre 1950 y 1965 la producción de Israel aumentó sólo de 822 a 1.038 títulos por año. En la actualidad la dificultad parece estar superada. En 1977, Israel publicó para los jóvenes "sabras" 197 títulos y 2.870.000 ejemplares de libros de texto (media: 14.568 ejemplares por título) y 231 títulos y 2.438.000 ejemplares de libros infantiles (media: 10.554 ejemplares por título).

Chipre, con un consumo anual de 5 kg de papel de imprenta por habitante, se aproxima al nivel de algunos de los países menos ricos de Europa. Su producción ha venido creciendo incesantemente durante los últimos 30 años y, en particular, en los años siguientes a 1972, Año Internacional del Libro. En 1970 se editaron 205 títulos y 330.000 ejemplares (media: 1.610 ejemplares por título) y, en 1977, la producción había aumentado a 570 títulos y 2.127.000 ejemplares (media: 3.732 ejemplares por título). Las existencias de libros son similares en la actualidad a los modelos europeos: 3,5 ejemplares por habitante al año. En 1977, la producción de libros de texto (60 títulos, 348.000 ejemplares, con una media de 5.800 ejemplares por título) y de libros para niños (42 títulos, 45.000 ejemplares, con una media de 1.071 ejemplares por título), fue impresionante para un país tan pequeño. Chipre, que es una nación multilingüe, cuenta con editoriales multilingües: de los 570 títulos de 1977, 373 eran en griego, 102 en inglés, 36 en francés, 32 en alemán, 16 en ruso y 11 en otras lenguas.

Turquía, a caballo entre Europa y Asia, tiene un consumo anual de papel que se aproxima más a los modelos asiáticos: 1,5 kg por habitante. Hay poca información detallada sobre su producción, que parece aumentar con regularidad: 2.100 títulos en 1950, 4.083 en 1964, 5.840 en 1970 y 6.830 en 1977. Las ciencias sociales suponen casi las dos terceras partes de la producción. Tanto las ciencias aplicadas como la literatura ocupan un lugar destacado, suponiendo cada una de ellas aproximadamente el 15% de la producción, pero casi la mitad de las obras literarias son traducciones. Una evaluación algo aventurada del número de ejemplares impresos fijaría éste en torno a los 50 millones, lo que supondría una media de 7.000 ejemplares por título y 1,2 libros por habitante y año, cifras bastante verosímiles en un país en el que el porcentaje de analfabetismo sigue siendo considerable.

5. Otros países asiáticos

Sólo se dispone de datos de otros 12 países asiáticos. Su producción total en 1977-1978 ascendió al parecer a unos 20.000 títulos y probablemente, entre 200 y 250 millones de ejemplares.

Irán tiene una excelente tradición y es una de las promesas más seguras de desarrollo del libro en Asia. Su producción aumentó de 391 títulos en 1954 a 985 en 1965, 1.381 en 1970 y 3.027 en 1978, lo que supone un avance impresionante en el

periodo posterior al Año Internacional del Libro. Aumentó en su producción el número de libros de texto (36 títulos en 1977) y de libros infantiles (173 títulos en 1977). Sería prematuro decir cuáles van a ser los efectos de la revolución islámica. Incluso antes de la proclamación de la República, el consumo de papel de imprenta había descendido agudamente. No faltan motivos para creer que Irán seguirá siendo un productor importante de libros en la región, pues cuenta con la técnica y los recursos necesarios para ello.

La situación es bastante distinta en el vecino Afganistán. El número de anal-fabetos es muy elevado y la tasa de escolarización sigue siendo baja. Afganistán produjo 108 títulos en 1965 y 232 en 1978, pero en 1976 produjo solamente 64, con una tirada de 3.072 ejemplares y una mayor proporción de obras científicas, literarias y libros de texto. Si bien el consumo de papel de imprenta es muy bajo (0,1 kg anuales por habitante), parece observarse una lenta tendencia ascendente.

Antes de la independencia de Bangladesh en 1971, Pakistán era ya un buen productor de libros. Los esfuerzos del Consejo Nacional del Libro, las organizaciones profesionales de autores, editores y bibliotecarios, se vieron recompensados con una producción que alcanzó los 2.027 títulos en 1965, con una tirada superior a los 5 millones de ejemplares. La producción en Pakistán tiene muchos puntos en común con la de la India, con la ventaja de que hay sólo dos idiomas nacionales principales: el urdu en el Pakistán occidental y el bengalí en el oriental. Se observaba, no obstante, un claro desequilibrio entre los dos idiomas a favor del urdu.

Ese equilibrio ha mejorado en la actualidad. Con una población casi equivalente, Bangladesh publicó 1.229 títulos en 1978 y Pakistán 1.317. Aunque no se conocen las cifras actuales, es posible que exista todavía cierto desequilibrio en el número de ejemplares impresos. En 1978, Pakistán consumió 40.100 toneladas métricas de papel de imprenta (0,516 kg por habitante), en tanto que Bangladesh consumió tan sólo 18.700 toneladas métricas (0,234 kg por habitante).

Se dan algunas diferencias notables en el contenido de los libros publicados. La producción de Bangladesh es más "científica" que la de Pakistán, como se desprende del cuadro siguiente.

	Pakistán	Bangladesh
Religión	19,6%	9,2%
Ciencias sociales	11,9%	32,5%
Ciencias técnicas	0,1%	16,0%
Literatura	40,6%	17,2%
Historia y geografía	14,8%	7,2%

Ambos países son autosuficientes en lo que respecta a la producción intelectual y publican pocas traducciones. En 1977, Pakistán editó 183 libros infantiles, cifra bastante elevada.

Al este del subcontinente indio, 6 países de distinta extensión se han beneficiado del nuevo impulso originado por el Año Internacional del Libro, aumentando considerablemente su producción, en tanto que uno, la República Democrática Popular Lao, muestra una tendencia descendente: 119 títulos en 1965, 57 en 1970, 31 en 1976.

En lo que respecta a los otros seis países, Brunei, Filipinas, Indonesia, Malasia, Sri Lanka y Tailandia, la producción global, que osciló en torno a los 8.000 títulos anuales en el decenio de los 60, descendió a 5.800 en 1970 y volvió a aumentar después a más de 10.000. En el cuadro siguiente se presentan de modo detallado las cifras correspondientes a 1978 ó 1977.

	POBLACION	TITULOS	LIBROS DE TEXTO	LIBROS INFANTILES
Indonesia (77)	145.100.000	2.265	832	262
Filipinas (77)	46.357.000	1.735	120	20
Tailandia	45.100.000	3.390	157	22
Sri Lanka	14.846.000	1.405	65	51
Malasia	12.960.000	1.328	212	152
Brunei	201.000	32	13	1
TOTAL	264.058.000	10.155	1.399	508

Todos estos países han realizado progresos desde 1970, con excepción de Sri Lanka, que parece encontrarse en una situación de estancamiento. Su consumo de papel disminuyó incluso en un 25% y es similar en la actualidad al de Indonesia, ligeramente superior a 0,6 kg por habitante y año. Sri Lanka ha de afrontar el mismo problema de diversidad lingüística que Filipinas y Malasia.

De los libros publicados por Sri Lanka en 1978, el 55,8% eran en sinhala, el 16,4% en tamil, el 21,5% en inglés y el 6,3% en otras lenguas. En Filipinas, en 1977, el 43,1% de las obras mostraba una división muy desigual entre las 3 lenguas nacionales, inglés, tagalo y español, y el 57,9% estaban escritas en otros idiomas, entre ellos algunos de los siete vernáculos, hablados, junto con el tagalo, por el 90% de la población. En Malasia, en el año 1978, el 47,0% de los libros eran en malayo, el 35,1% en inglés y el 17,9% en otras lenguas, incluyendo el chino (hablado por el 30% de la población).

Brunei, un protectorado británico independiente que se encuentra en la isla de Borneo, es el productor de libros más pequeños de Asia, pero en modo alguno el menos activo. Con una producción de 94 títulos en 1977 y 32 en 1978, una media de 4.500 ejemplares por título, aproximadamente un ejemplar al año por habitante y un consumo anual de papel de 1,3 kg por habitante, admite una comparación bastante honrosa con el resto de los países asiáticos.

Tailandia cuenta con una antigua tradición en materia de publicación de libros, debida probablemente a su prolongada independencia. Ya en 1950 publicó 4.444 títulos, siendo el productor más importante de la subregión. A continuación se observó una tendencia descendente hasta 1970 (2.085 títulos). Después de 1972, Año Internacional del Libro, Tailandia, gracias a una política inteligente y eficaz, recobró buena parte del terreno perdido. Como se trata de un país lingüísticamente homogéneo, no tropieza con las mismas dificultades que su vecino meridional, Malasia. Favorece los libros educativos (22,2%), la lingüística, el derecho, las ciencias políticas, la religión y la ingeniería. Su producción de libros de texto es una de las mejores de Asia y es también bastante buena la de libros para niños.

Por último, Viet Nam es el único país de la región que ofrece una versión en desarrollo de los criterios de los países socialistas en materia de libros. Después de treinta años de una sucesión devastadora de guerras, la fusión cultural de Viet Nam del Norte y del Sur es un proceso lento. El primero de ellos ha aportado al país reunificado buena parte de su experiencia editorial. En 1977, Viet Nam tenía una producción muy equilibrada de 1.504 títulos y 64.807.000 ejemplares, lo que supone una tirada de 43.089 ejemplares por título, cifra que se encuentra a mitad de camino entre los modelos soviético y chino, con 1,3 libros por habitante y año, cifra que es todavía baja, como lo confirma por el escaso consumo de papel de imprenta: 0,387 kg por habitante y año.

De hecho, estas cifras son engañosas. Teniendo que elegir entre diversas opciones, el Gobierno vietnamita, muy inteligentemente, dio la máxima prioridad a las necesidades de lectura de las poblaciones más jóvenes. La mitad de los títulos y las dos terceras partes de los ejemplares editados en Viet Nam en 1977 eran libros de texto escolares, en tanto que 76 títulos y 5.182.000 ejemplares eran libros infantiles, lo que significa para éstos y aquéllos enormes tiradas de más de 60.000 ejemplares por título. Incluso si tan sólo 696 títulos y 1.218.000 ejemplares estaban destinados a los lectores adultos, estas cifras son alentadoras, y hay que tener presente que muchos libros clasificados como libros de texto o infantiles son leídos por los adultos.

6. Observaciones generales

En un estudio reciente de la Unesco, que lleva por título Promoting national book strategies in Asia, se destacaba la complejidad de la situación en este continente, en el que distintos parámetros se combinan en una variedad de modelos. La consecuencia es que "si bien las generalizaciones únicamente son posibles en el plano regional, en los casos concretos la situación puede resultar más difícil o menos cómoda. Por consiguiente, cada país tendrá que evaluar sus propios problemas y hallar sus propias soluciones. Como la publicación de libros en la región está directa o indirectamente relacionada con varios organismos gubernamentales o bien depende de ellos, ninguna estrategia de desarrollo del libro podrá tener éxito sin un apoyo sustancial y una ayuda sostenida por parte del Estado"¹⁾.

Otra consecuencia es la necesidad de dar la máxima prioridad a los estudios y la investigación, con un enfoque multidisciplinario, de los hábitos y gustos de lectura de las distintas categorías de lectores, así como lanzar campañas de motivación de la lectura, sobre todo en el grupo de edad de menos de 20 años, que representa casi la mitad del total de la población.

El pueblo del Libro: los Estados árabes

La situación de los Estados árabes es más alarmante. Si bien su consumo de papel de imprenta ha aumentado ligeramente de 1,3 kg por año y habitante en 1970 a 1,6 en 1978, su producción de libros sigue siendo un menguante 0,9% de la producción mundial para un 4,8% de la población del planeta. En ocho años aumentó en un 20% escaso.

A decir verdad, estas evaluaciones no son muy fiables. Hay pocas regiones en el mundo en las que los datos disponibles sean tan escasos e incompletos. En el siguiente cuadro se recogen, en número de títulos, los datos existentes de los últimos 30 años.

	1950	1965	1970	1978
Argelia	101 (53)	131	289 (68)	-
Egipto	654 (53)	3.355	1.872 (69)	1.472 (77)
Emiratos Arabes Unidos	-	-	-	15
Iraq	248 (53)	268 (64)	515	1.618
Jordania	-	-	114	392 (76)
Kuwait	-	113	104	50
Líbano	396	373	594	-
Marruecos	100 (52)	161 (61)	-	-
Qatar	-	-	99	159
República Arabe Siria	-	458	-	230
Sudán	-	83 (63)	-	104
Túnez	56 (53)	200	134 (69)	85

1) Abul Hasan, Promoting National Book Strategies in Asia and the Pacific - problems and perspectives. París, Unesco, 1982. (Estudios sobre el Libro y la Lectura, nº 4).

No se tienen datos de Libia, Bahrein, Omán, Yemen, Yemen Democrático y Arabia Saudita. Además, hay que incluir aquí a Mauritania, cuya producción fue de 71 títulos en 1976 y de 40 en 1977.

Pocas deducciones cabe extraer de este cuadro, salvo, tal vez, los efectos de la nueva prosperidad debida a la producción de petróleo. Ya en los años 60, Kuwait había adoptado como política el empleo de los ingresos del petróleo para fines culturales: con una producción de títulos algo irregular, pero siempre considerable, imprimió 232.000 ejemplares en 1978 destinados a una población, alfabetizada casi por entero de 1.119.000 habitantes. Qatar y los Emiratos Arabes Unidos parecen haber seguido el ejemplo; el primero editó 371.000 ejemplares en 1978 para una población de 201.000 habitantes, y los segundos, 82.000 para una población de 711.000.

Pero el hecho más destacable es el ascenso de Iraq, país productor de petróleo, que era antes un productor de libros intermedio y en la actualidad aventaja a Egipto, principal proveedor del mundo árabe en otros tiempos. Todos los demás países árabes parecen experimentar una tendencia descendente, con la excepción de Jordania, que editó 2.673.000 ejemplares en 1976, básicamente sobre ciencias sociales y ciencias teóricas.

Un cuadro relativo al consumo de papel de imprenta completará los datos citados y facilitará su interpretación. Las cifras corresponden al consumo en kilogramos por habitante. Las variaciones se indican mediante los signos +, - y =.

	1970	1978	Var.
Argelia	3,158	1,221	-
Arabia Saudita	1,091	1,399	+
Bahrein	1,860	5,435	+
Egipto	1,410	2,355	+
Iraq	1,886	0,872	-
Jordania	0,300	0,557	+
Kuwait	9,078	18,083	+
Líbano	9,518	8,058	-
Libia	0,682	2,933	+
Marruecos	0,793	0,736	=
Qatar	7,595	13,861	+
República Arabe Siria	1,153	1,840	+
Sudán	0,284	0,431	+
Túnez	-	2,768	
Yemen Democrático	0,279	0,366	+

Estas cifras corroboran las observaciones precedentes sobre los países productores de petróleo. En particular Libia realiza un avance espectacular. No podemos sino lamentar que la falta de datos nos impida prestar la atención que merecen los esfuerzos del Gobierno libio en materia de desarrollo del libro. En Argelia, de la que no tenemos datos recientes, pese a la política de "arabización" que se aplica en las escuelas, el francés sigue siendo el principal idioma vehicular y las editoriales nacionales a duras penas pueden competir con las francesas. Contrariamente a los países árabes de Oriente, los del Magreb conservan todavía una fuerte dependencia de la antigua metrópoli colonial. En Túnez, por ejemplo, al menos la mitad de la producción nacional es en francés.

Pese a que los países en los que se habla árabe representan 150 millones de personas, con un número de matrículas escolares que se eleva a 26 millones de alumnos y estudiantes, y un índice de analfabetismo en descenso, esta lengua no ha logrado recuperar el prestigio de que gozaba en la Edad Media como gran idioma vehicular

internacional. Tan sólo el 0,4% de los libros que se traducen en el mundo proceden de un original árabe, en tanto que algunos países, como la República Árabe Siria, traducen de idiomas europeos hasta el 12% de su producción.

Del cuadro siguiente, en el que se exponen los datos conocidos sobre libros de texto y libros infantiles, se desprende un punto con clara evidencia.

	LIBROS DE TEXTO		LIBROS PARA NIÑOS	
	Títulos Año	Ejemplares	Títulos Año	Ejemplares
Egipto	455 (77)	23.350.000	56 (76)	4.001.000
Iraq	148 (78)	-	26 (78)	-
Jordania	- (77)	3.175.000	49 (76)	833.000
Kuwait	4 (77)	173.000	-	-
Qatar	111 (78)	232.000	-	-
República Árabe Siria	1 (78)	2.000	11 (78)	38.000
Sudán	88 (77)	10.386.000	15 (77)	150.000
Túnez	69 (78)	2.651.000	10 (77)	93.000

De estas cifras se deduce, en efecto, que los países que suponen la mayor parte de la producción en árabe dedican aproximadamente el 40% de los libros que editan a los niños, lo que es desde luego confortante. Hay que destacar muy especialmente el esfuerzo que realiza el Sudán, país en el que todos los libros de texto escolares son editados por la Imprenta Gubernamental de Jartum. Volviendo a las cifras citadas, un cálculo moderado de los libros de texto e infantiles en todo el mundo árabe arrojaría unos 60 millones de ejemplares por año. Teniendo en cuenta que la población que tiene de 5 a los 14 años es ligeramente superior a los 40 millones, la proporción global resulta alentadora, aunque todavía insuficiente.

De hecho existen enormes diferencias económicas entre los países árabes e incluso dentro de cada uno de ellos, que influyen considerablemente sobre la industria del libro y que no podrán superarse si no se adopta una política regional específica.

El nuevo mundo: América Latina

América Latina tiene su tradición en la publicación de libros: hace más de cuatro siglos se crearon imprentas en el entonces imperio español en América. La mayoría de los países latinoamericanos declararon su independencia mucho antes que otras colonias y cuentan con una antigua y respetable tradición literaria.

La novedad estriba en las consecuencias de una explosión demográfica sin precedentes, una evolución económica extremadamente rápida y unos profundos cambios sociales y políticos.

En el cuadro siguiente se ofrece la evolución de la cantidad de títulos publicados desde 1965.

	<u>1965</u>	<u>1970</u>	<u>1978</u>
Antillas Holandesas	-	-	52 (77)
Argentina	3.539	4.812	4.627
Barbados	-	-	216
Bolivia	-	104	339 (76)
Brasil	4.812 (64)	6.392 (69)	20.025 (76)
Chile	1.497	1.370	432
Colombia	-	-	1.272 (76)
Costa Rica	13 (63)	284 (69)	24
Cuba	615 (63)	995 (69)	1.039 (77)
República Dominicana	-	-	48 (76)
Ecuador	-	-	31 (76)
El Salvador	75 (63)	39 (69)	144
Guyana	-	-	97
Guatemala	90 (63)	-	84 (76)
Honduras	189 (62)	-	30 (76)
Jamaica	40	159	143
México	4.851	4.812	4.851 (76)
Panamá	-	132	126
Perú	927	885	968
Trinidad y Tabago	-	-	18 (76)
Uruguay	141	-	481 (76)
Venezuela	743	-	257 (77)

Haití, Nicaragua y Paraguay no se encuentran en esta lista que, por lo demás, es bastante completa.

De estas cifras se desprenden tres hechos destacables, sobre todo de las relativas a 1978 y los años inmediatamente anteriores.

El primero y más importante es el ascenso de Brasil, que se encuentra actualmente entre los principales países productores del mundo, casi al mismo nivel que Francia y España. Corrobora este hecho su consumo de papel, que supone el 44% del consumo de la región, frente a un 37% en 1970. En ocho años, el consumo por habitante ha aumentado de 2,797 kg por año a 6,236 kg, cifra comparable con los modelos europeos. Las ediciones brasileñas son considerables: 11.100 ejemplares por título para un país de 116 millones de habitantes. En 1976, los libros de texto supusieron 4.906 títulos y 99.868.000 ejemplares (media: 20.356 ejemplares por título) y los libros infantiles 2.421 títulos y 36.863.000 ejemplares (media: 15.226 ejemplares por título). Otro rasgo significativo que caracteriza a la producción de Brasil es el número de libros que se editan en español: 1.025 títulos en 1976, lo que indica la importancia de las editoriales brasileñas en el mercado del libro de los demás países de la región, todos ellos hispanoparlantes.

Uno de los recursos de Brasil es, evidentemente, la enorme cantidad de madera de pulpa que puede obtener en el futuro de las selvas amazónicas. En 1978 dependía todavía de las importaciones para su consumo de papel en sólo un 15%, si bien dicho consumo se ha duplicado casi en ocho años. Pero el espectacular desarrollo que ha experimentado su producción en los últimos años se debe, por un lado, a la experiencia y el espíritu emprendedor de los editores brasileños y, por otro, a los esfuerzos sistemáticos e inteligentes de las autoridades brasileñas.

El segundo hecho que se desprende de las cifras citadas es el auténtico estancamiento en que se encuentran productores intermedios tradicionales como Argentina, Cuba, México y Perú, y la tendencia descendente que se observa en Chile. En realidad, hay que hacer dos excepciones con México y Cuba.

La población de México creció de 50 millones en 1970 a 67 millones en 1978, lo que supone un 34% de aumento, mientras la población mundial aumentaba tan sólo en un 18%. La mitad de la población tiene menos de 15 años y, el número de alumnos inscritos en las escuelas primarias se ha duplicado casi en ocho años. Cada año dichas escuelas han de acoger un nuevo contingente de alumnos que equivale al número total de alumnos matriculados en las escuelas de Hungría y es muy superior al de las escuelas de Bélgica. Es fácil imaginar los problemas que esta situación crea para la edición de libros. Jaime Torres Bodet dijo en una ocasión que su país era como el de Alicia, donde "por más que uno corra, siempre está en el mismo sitio". Si bien México cuenta con importantes recursos materiales e intelectuales y con una excelente tradición en materia de edición de libros y biblioteconomía, ha de hacer frente a un fenómeno masivo sin precedentes: la industria del libro y la red de distribución no pueden adaptarse a la situación a la velocidad a que aumentan las necesidades de la población.

Desde 1970 se vienen realizando esfuerzos para cubrir las necesidades manifiestas y latentes. El Comité para el Desarrollo de la Industria Editorial y Comercio del Libro ayuda al Gobierno a poner en práctica una política nueva e imaginativa. Una de las iniciativas más sobresalientes fue una operación nacional destinada a que los maestros de las escuelas primarias sirvieran no sólo de agentes para fomentar el hábito de la lectura, sino también de transmisores para la distribución de libros. El éxito de esta política queda evidenciado por el hecho de que el consumo de papel de imprenta de México se mantiene en unos 7 kg por habitante, pese a que el consumo total aumentó en un 50% entre 1970 y 1977.

El caso de Cuba es comparable, mutatis mutandis, al de Viet Nam: se trata de un país socialista que ha de hacer frente a problemas de desarrollo. Las campañas para erradicar el analfabetismo en Cuba han arrojado buenos resultados y el nivel de educación es alto. Durante muchos años, el Instituto del Libro ha llevado a cabo una política bien planificada, que en la actualidad puede desarrollarse en múltiples direcciones. Las ediciones cubanas tienen grandes tiradas, con una media de 31.033 ejemplares por título en 1977. Como era de esperar, se da preferencia a los libros de texto y para niños: 534 títulos y 18.877.000 ejemplares de los primeros (media: 35.350 ejemplares por título), 72 títulos y 3.999.000 ejemplares de los segundos (media: 55.541 ejemplares por título). El consumo de papel de imprenta de Cuba (para el que depende en buena medida de las importaciones) supera en la actualidad los 5kg por habitante y año.

El tercer hecho y, tal vez, el más importante, que se desprende de las cifras, es la aparición de los países pequeños. Doce de ellos, de los que cinco son islas del Caribe, producen actualmente cerca de 900 títulos, que suponen una tirada de más de 1.000.000 de ejemplares con una población de 34 millones de habitantes, aproximadamente. Aunque la proporción pueda parecer baja, es ya apreciable. De hecho, Barbados, Jamaica, las Antillas Holandesas, y Trinidad y Tabago, por sí solas suponen la mitad de la producción, para una población de apenas 3.800.000 habitantes.

Todos esos países editan libros de texto o libros infantiles y, casi siempre, unos y otros. Mención aparte merece El Salvador, donde el Ministerio de Educación publicó seis libros de texto y 10 libros infantiles en 1978, todos ellos primeras ediciones. Una iniciativa sin duda interesante es que los libros para niños, dejando de lado el español "castizo", emplean un lenguaje popular, con abundantes expresiones vernáculas. También merece destacarse el esfuerzo de Jamaica, donde se ha prestado particular atención a la producción de libros y folletos adaptados a lectores recientes.

En conjunto, el balance de América Latina al concluir 1972, Año Internacional del Libro, es bastante positivo, pese a la continua presión ejercida por las copublicaciones y las importaciones de España y al estancamiento comparativo debido a las perturbaciones de orden político en varios países.

Hay que mencionar al Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLAL), en Bogotá, al que se debe sin duda el avance realizado por los países más pequeños de la región. Creado en 1976 por un acuerdo de cooperación internacional entre la Unesco y el Gobierno de Colombia, el CERLAL ha mostrado una gran actividad en la organización de reuniones y seminarios, fomentando la investigación y proporcionando servicios de asesoramiento a diversos países.

Los pocos: las islas del Pacífico

Dejando aparte Australia y Nueva Zelanda, que se encuentran entre los privilegiados, Oceanía ha sido testigo del nuevo fenómeno del desarrollo de las ediciones en las islas del Pacífico, que hasta ahora no habían figurado en las estadísticas. Algunos de ellos no son en realidad países independientes, pero tienden cada vez más a actuar como comunidades autónomas y a impulsar su producción local de libros.

Guam y Samoa Oriental, bajo control americano, publicaron en 1978, 31 y 86 títulos, respectivamente, la mayor parte de los cuales eran obras científicas en inglés. La Polinesia Francesa editó 12 títulos en 1977, la mayor parte de carácter científico, de los que siete eran en francés, cuatro en tahitiano y uno en español.

Samoa independiente publicó 240 títulos en 1977, ninguno de ellos de carácter literario. Noventa y uno eran en inglés, 62 en samoano, 6 bilingües y 9 en otras lenguas. Las islas Fiji editaron 12 títulos en 1976. Las islas Tonga publicaron 210 títulos en 1978. En 1977, habían publicado 510, de los que 68 eran en tongano y el resto bilingües inglés-tongano. Ninguno de ellos estaba relacionado con la literatura. Otras islas del Pacífico publicaron 41 títulos en 1978, de los que 27 eran en inglés, 7 en palawano y 6 bilingües. Todos ellos trataban de ciencias sociales y 12 eran simples folletos para uso escolar. Incluso la remota isla de Norfolk, con sus 2.000 habitantes, publicó un solo libro, de ciencias sociales, en 1977.

La población de Oceanía, sin contar Australia y Nueva Zelanda, apenas supera los 4,5 millones de habitantes, que se encuentran diseminados en centenares de islas. En consecuencia, la tirada de las ediciones osciló entre 200 y 1.600 ejemplares por título en 1978, resultado bastante estimable. Aunque no se tiene información sobre el consumo de papel de imprenta en la mayoría de los países, el caso de las islas Fiji es bastante revelador de los progresos realizados en los últimos años. En estas islas, el consumo per cápita se elevó a 3,268 kg en 1978.

Otro hecho apreciable es el uso cada vez mayor de las lenguas vernáculas para la edición de libros. Se puede calcular que aproximadamente 1.000 títulos -muchas veces, a decir verdad, meros folletos- se publican anualmente en los diversos idiomas polinesios.

Los ignorados: las minorías étnicas

Las estadísticas elaboradas por los gobiernos nacionales suelen omitir los idiomas minoritarios. Por ejemplo, existen pocas cifras oficiales de libros en catalán, vascuence, occitano y bretón, pese a que estas culturas vienen editando libros desde hace siglos y cuentan con un número respetable de títulos, tanto en Francia como en España. La industria editora catalana es particularmente activa y algunas de las editoriales más grandes de España se encuentran en Barcelona. Ahora bien, los libros en catalán figuran anónimamente entre los 1.358 títulos de la lista de España en 1977 publicados en "otras lenguas". Francia ni siquiera ofrece ese desglose elemental. Tampoco el Reino Unido menciona los libros publicados en galés o en gaélico.

En algunos casos, incluso las lenguas que gozan de reconocimiento oficial tienen una representación escasa en la producción. En 1978, de los 632 títulos publicados en Irlanda, sólo 80 eran en gaélico y de los 947 títulos publicados en Perú tan sólo uno era en quechua.

En ocasiones, una lingua franca muy hablada es objeto de un lamentable abandono, como el créole de Mauricio, con sólo un título de los 20 publicados en 1978. Sin embargo, las Antillas Holandesas ofrecen un ejemplo opuesto: de los 52 títulos publicados en 1977, 19 eran en papiamentu, la exótica lengua de Curaçao, en la que el español, el holandés y el inglés se mezclan con los dialectos africanos.

Se habla poco de los libros en inuit para los esquimales de Groenlandia y Canadá o los libros en navajo, cheroquí u ojibwa publicados en los Estados Unidos. De hecho existe una producción bastante prometedora en los idiomas nativos de América del Norte, sobre todo en materia de libros infantiles.

Algunos países, en particular los socialistas, prestan la necesaria atención a las publicaciones en idiomas minoritarios, pero la mayoría de ellos las descuidan o, simplemente, las ignoran.

Si tal actitud persiste, resultaría cada vez más perniciosa para el desarrollo del libro, habida cuenta de que una de las características principales de la evolución en los últimos años es, precisamente, que la comunicación escrita está llegando a grupos culturales cada vez más numerosos y diversos.

De este incompleto análisis cabe concluir que la modificación más importante acaecida desde 1972 no es el aumento rutinario de la producción mundial de libros, sino una tendencia general de la que forman parte el acceso de los países pequeños a la edición, la diversificación de las culturas que se expresan mediante los libros, y la demanda de un número cada vez mayor de nuevos lectores. Esta tendencia es tal vez demasiado débil todavía para poder apreciarla en estadísticas globales, dominadas por el peso de los gigantes editoriales, pero es evidente que se consolida cada año, como lo pone de manifiesto la "explosión" del libro infantil en el mundo entero.

3

NUEVOS LIBROS PARA NUEVOS LECTORES

De los 150 millones de personas, niños y adultos, que desde comienzos del decenio de los 80 aprenden cada año a leer en todo el mundo, alrededor de un tercio está predestinado a recaer en el analfabetismo funcional, un tercio podría convertirse en lectores mediocres y solamente un tercio tiene alguna posibilidad de llegar a ser lectores habituales.

Las dos causas principales de esta situación son la insuficiencia y la inadecuación del material de lectura disponible. La inadecuación puede ser económica (el precio de los libros), institucional (el sistema de distribución), física (la legibilidad material del texto impreso), lingüística (la lengua vehicular) o cultural (contenidos improcedentes).

Los nuevos lectores

Una estimación realizada en 1970 demostró que de la población mundial adulta (mayor de 15 años), que alcanzaba a unos 2.300 millones de personas, 780 millones eran analfabetos. De los 1.520 millones de alfabetizados restantes, 740 millones vivían en países desarrollados y 780 millones en países en desarrollo. En ese momento,

la matrícula escolar mundial en los niveles elemental y secundario era de unos 465 millones de alumnos que constituían un "público cautivo" de lectores por obligación. Doscientos nueve millones vivían en países desarrollados y 256 millones en países en desarrollo. Por lo tanto, el potencial de lectores en la población mundial podía estimarse en unos dos mil millones, de los cuales 950 vivían en países desarrollados y 1.050 en países en desarrollo. La mitad desarrollada disponía anualmente de 474 títulos por millón de lectores potenciales y 6,3 ejemplares por lector. La mitad en desarrollo debía contentarse con 67 títulos por millón de lectores potenciales y con 0,4 ejemplares por lector.

En 1978, la población adulta del mundo había aumentado a unos 2.800 millones de personas. Probablemente 900 millones eran analfabetos. De los otros 1.900 millones de alfabetizados, 800 millones vivían en países desarrollados y 1.100 millones en países en desarrollo. La matrícula mundial había aumentado a 620 millones de alumnos, 240 millones en países desarrollados y 380 millones en países en desarrollo. La población lectora en potencia era en todo el mundo de unos 2.400 millones de personas, de las cuales poco más de mil millones vivían en países desarrollados y poco menos de 1.500 millones en países en desarrollo. La disponibilidad anual de libros era de unos 506 títulos por millón de lectores potenciales y de 9,6 ejemplares por lector en los países desarrollados, en tanto que en los países en desarrollo era de unos 80 títulos por millón de lectores potenciales y de 0,54 ejemplares por lector.

Aunque el número de analfabetos ha disminuido levemente en porcentaje (32% en 1978 comparado con 34% en 1970), en cifras absolutas está aumentando. Así, la población que lee en los países en desarrollo ha aumentado casi en 50% en ocho años y el aumento real llega a por lo menos 400 millones de nuevos lectores.

La disponibilidad promedio de libros para esos nuevos lectores ha mejorado substancialmente, pero todavía está muy por debajo de las normas. Un nivel aceptable de disponibilidad debería ser de 200 títulos por millón de lectores y de 3 ejemplares por lector. Esto equivaldría a multiplicar la actual disponibilidad de libros en los países en desarrollo por 2,6 para los títulos, y por 5,5 para los ejemplares. En realidad, los factores de multiplicación deberían ser aún más altos para regiones como Africa, lo que constituye un sueño irrealizable en el futuro próximo.

La discrepancia entre las necesidades y la realidad es una de las causas de la recaída en el analfabetismo y de la insuficiencia del hábito de la lectura. Para adquirir y consolidar el hábito de la lectura es indispensable disponer de material complementario adecuado. El proceso es lento y prolongado, y cuando al planificar sus políticas, los gobiernos de los países en desarrollo se encuentran ante varias opciones, los objetivos prioritarios obvios deberían ser los niños y los jóvenes adultos.

Literatura juvenil

La clasificación usual de "libros para niños" que aparece en las estadísticas no es satisfactoria. Un "libro para niños" puede ser cualquier cosa, desde un folleto barato de tiras cómicas producido en masa, hasta una edición de bolsillo de Jack London, Erich Kästner o Marcel Aymé; desde un libro o álbum ilustrado bien diseñado, con espléndidas láminas y cuidadosamente diagramado, hasta una versión mutilada, torpemente reescrita y apresuradamente impresa del saber popular. Puede ser también un libro de texto camuflado, más didáctico (con la aridez que esta palabra puede comportar), que culturalmente enriquecedor.

La literatura juvenil no difiere en lo fundamental de la así llamada literatura adulta. Sólo está sujeta a algunas limitaciones suplementarias entre las que se cuentan una especial atención a la claridad, la legibilidad material y la interacción narrativa entre el texto y las ilustraciones. En realidad, en muchos casos los libros

presuntamente destinados a los niños pueden ser eficaz material de lectura para los lectores adultos recientes o inexpertos. Con frecuencia, en las familias no lectoras los libros han llegado a ocupar un lugar a través del material de lectura que llevan a casa los niños o los adolescentes. Tampoco puede minimizarse el papel que desempeñan en este efecto de difusión los textos escolares, que a menudo son los únicos representantes de la palabra escrita en los hogares más pobres.

Descontando que se trata de estadísticas incompletas, se puede considerar que todos los años se publican o reeditan en el mundo unos 40.000 títulos para niños, incluyendo alrededor de 15.000 folletos. Esta cifra representaba un 6% de la producción mundial en 1978. En 1970 el porcentaje era de un 5%. Pero estas cifras no dan cuenta de ningún modo de la verdadera revolución que ha tenido lugar en el mundo de los libros para niños durante estos ocho años. En los países en desarrollo han aparecido nuevos editores importantes, principalmente en Brasil y la República de Corea. Sin contar a éstos, 16 países en desarrollo sobre los cuales existen datos fidedignos publicaron 1.509 títulos en 1978, en comparación con 1.307 en 1970, lo que representa un progreso nada despreciable de 15,5%.

Sin embargo, entre los grandes productores, los cambios son mucho más espectaculares. Algunos de ellos se han especializado, por ejemplo, Bélgica en historietas ilustradas de elevada calidad, Francia en ediciones de bolsillo para jóvenes y álbumes ilustrados escritos a menudo por autores célebres, Gran Bretaña, Japón y muchos países socialistas en libros ilustrados cuidadosamente diseñados. Las historietas ilustradas de producción industrial, a menudo respaldadas por las producciones de televisión o de cine, que en su mayoría proceden de los Estados Unidos y Japón, se están enfrentando con la competencia de producciones nacionales cada vez más perfeccionadas.

El resultado de esto es una nueva redistribución de los productores más importantes por su jerarquía, como se muestra en el cuadro siguiente.

<u>Producción de libros para niños</u> (número de títulos)	1970	1978
4.000 - 5.000		1. Francia
3.000 - 4.000		2. URSS (1977)
2.500 - 3.000	1. Estados Unidos de América 2. Japón 3. URSS	3. Estados Unidos de América 4. Japón 5. Reino Unido (1977) 6. República Federal de Alemania
2.000 - 2.500	4. Reino Unido 5. República Federal de Alemania 6. Francia	7. Brasil
1.500 - 2.000	7. España	8. España (1977)
1.000 - 1.500		9. Bélgica 10. Dinamarca 11. República de Corea

Produccion de libros
para niños

1970

1978

(número de títulos)

500 - 1.000

8. Dinamarca

menos de 500 títulos

9. Brasil
10. República de Corea
11. Bélgica

Desde luego, el rasgo más destacado de esta evolución es el sorprendente progreso de Bélgica, Brasil y Francia. En el caso de Francia, las cifras no son del Anuario Estadístico de la Unesco sino las del Sindicato Nacional de Editores de Francia para 1979. El tamaño promedio de las ediciones es de 15.175 ejemplares por título. Puede haber una distorsión debida a que la categoría figura como "Livres pour la jeunesse" (Libros para jóvenes) y no "Livres d'enfants" (Libros para niños), y a que hay un matiz importante de significado que diferencia la literatura juvenil y los libros para niños. El desglose muestra que hay 2.204 álbumes o libros ilustrados, 2.083 verdaderos libros y 652 historietas ilustradas. La primera categoría está indudablemente destinada a los niños. Suponiendo que una tercera parte de las otras dos categorías pueda clasificarse en algunos países como literatura para adultos, la producción de Francia sería todavía de más de 4.000 títulos.

El salto de Brasil es menos sorprendente que el de Francia porque corresponde a un cambio de escala de toda la gama de producción de libros (de 6.392 títulos en 1970 a 20.025 en 1976) pero puede ser aún más grande ya que la cifra mencionada aquí corresponde a 1976, en tanto que para Francia se utilizó la de 1979. Sin embargo, el hecho significativo es que los libros para niños, que representaban el 4,3% de la producción de Brasil en 1970, representaron 12,1% en 1976.

El porcentaje de libros para niños en relación con la producción total es un indicador importante. Es bastante estable y muestra cuáles son los países que tienen una política a largo plazo destinada a los jóvenes lectores.

El cuadro siguiente muestra los porcentajes de títulos y ejemplares (cuando están disponibles) en los países donde los libros para niños representan más del 10% de la producción total.

	TITULOS	EJEMPLARES
Francia	18,5%	19,7%
Bélgica	14,9%	
Cuba	14,4%	12,4%
Países Bajos	13,1%	
Brasil	12,1%	16,6%
Túnez	11,8%	2,6%
Malasia	11,4%	9,6%
Dinamarca	11,0%	
Israel	10,4%	20,8%

Tres son los países en desarrollo, uno latinoamericano, uno asiático y uno árabe. Puede observarse, en el caso de los últimos dos, que el porcentaje de ejemplares es más bien bajo. La tirada también reducida: 9.300 ejemplares por título en Túnez, 3.800 en Malasia. Por el contrario, en Cuba el porcentaje de ejemplares es más elevado, lo que corresponde a la tirada: un promedio de 55.500 ejemplares por título.

En las políticas generales de todos los países socialistas, figuran grandes ediciones de libros para niños. La Unión Soviética imprime un promedio de 206.800 ejemplares por título, Polonia 68.600, Bulgaria 42.500, Hungría 40.100, Rumania 28.900 y Checoslovaquia 27.300. En comparación, el promedio francés de 15.175 es más bien mediano. Sin embargo, considerando el grupo de edad, la disponibilidad de libros en Francia de 6,3 ejemplares anuales por niño puede compararse honorablemente con los 10,3 de la Unión Soviética.

Además de los países que se han mencionado, se han registrado progresos en algunas naciones de América Latina como la Argentina, El Salvador, Panamá y México, donde en los últimos años se han realizado esfuerzos sistemáticos. Algunos países de Asia, como por ejemplo Tailandia, Singapur e India también están haciendo progresos. En Africa y en los Estados árabes la situación es menos alentadora. Aparte de Túnez, se han obtenido buenos resultados en Egipto, Kenya, Mauritania, Nigeria, Senegal, Sudán y Tanzania, pero en todos estos países hay una gran falta de buenos libros para niños que sean aceptables para el mercado regional, especialmente en lenguas vernáculos.

Libros para recién alfabetizados

Además de los niños, desde la edad preescolar hasta la adolescencia, que son un objetivo prioritario, deben tomarse disposiciones con respecto a otras dos categorías de lectores:

1. Adultos recién alfabetizados, especialmente en los países en desarrollo.
2. Lectores reticentes, que no son compradores habituales de libros, que pueden haber adquirido recientemente el hábito de leer y son los más vulnerables.

Hasta cierto punto, la "revolución del libro de bolsillo", ha significado una manera de abordar el problema de los lectores de la segunda categoría, por lo menos en un número limitado de países, no necesariamente los más desarrollados, sino aquellos que ofrecían un mercado suficientemente amplio para ediciones de bolsillo de bajo costo. Puede admitirse, en la práctica, que el precio de un libro de bolsillo debe equivaler aproximadamente al salario horario de un trabajador calificado. En consecuencia, deben tomarse disposiciones para adaptar toda la concepción del libro a las condiciones económicas locales, que varían enormemente de un país a otro y aun de un entorno local a otro. Desde mediados de los años 60 un editor perspicaz y emprendedor de la India ha puesto a prueba con gran éxito una versión local del libro de bolsillo que es todavía un modelo. En América Latina, que es una región prácticamente homófona, y en Asia sudoriental, donde los grupos lingüísticos son comparativamente muy amplios, el desarrollo del libro de bolsillo es sobre todo un problema de iniciativa comercial y política. En cambio, en otras regiones como el Medio Oriente y Africa, todavía queda por resolver el difícil problema de disponer de material de lectura barato y abundante, de alta calidad, para minorías lingüísticas pequeñas o aisladas. En realidad, publicar para minorías es cada vez más una empresa de grandes proporciones, inclusive para los países desarrollados.

En la Unesco desde el comienzo de las actividades de desarrollo del libro el suministro de material de lectura para recién alfabetizados ha sido una de las preocupaciones principales. El interés por este problema, que concierne a ambas categorías de recién alfabetizados, debe proseguir y diversificarse, tomando especialmente en cuenta las condiciones de legibilidad narrativa, lingüística y tipográfica de cada ambiente cultural. En varias partes del mundo, especialmente en algunos países del Caribe, se han llevado a cabo investigaciones sobre esta materia.

Una de las lecciones del Año Internacional del Libro 1972 fue que en ninguna parte del mundo faltan talentos, y se ha hecho un enorme esfuerzo para movilizarlos

y ponerlos al servicio de la lectura. Los obstáculos principales siguen residiendo en la producción y la distribución.

La importancia del papel

El papel de imprenta es uno de los componentes principales de los costos de edición y su importancia aumenta con la tirada. Como se demuestra en un estudio de la Unesco sobre La economía de la edición de libros en los países en desarrollo¹⁾, en las ediciones de 5.000 ejemplares puede llegar a representar más de la mitad del costo de manufactura.

Ya a comienzos de los años 60 varios especialistas advirtieron que el problema del papel en el mundo podía llegar a ser un obstáculo considerable para el desarrollo del libro en un futuro previsible. Incluso se predijo una escasez mundial de papel para fines de los años 80 si no se tomaban medidas adecuadas para adaptar la producción a una demanda en rápido aumento. En 1978 no se advertían síntomas de esta escasez, pero tanto la producción como el consumo del papel de imprenta y papel de escribir entre 1970 y 1978 habían aumentado a un ritmo mucho menor que entre 1960 y 1970: apenas 40% en ocho años, comparado con más de 100% en 10 años.

Se observaban todavía algunos síntomas alarmantes: en 1978, como ocurría en 1970, ocho países (Estados Unidos de América, Unión Soviética, Canadá, Finlandia, Austria, Suecia, Noruega y Rumania) producían el 50% del papel del mundo y un porcentaje todavía más elevado de la pulpa de madera. Todos son países altamente desarrollados y en la práctica ejercen el monopolio del mercado mundial de productos de papel incluyendo desde luego los libros.

Por otra parte, el consumo dispendioso de papel de imprenta y de escribir parecía seguir prosperando en algunas partes del mundo desarrollado. En 1960, los Estados Unidos, Canadá y Japón consumieron el 47% del papel del mundo (Estados Unidos consumió el 38%). En 1970, el porcentaje había aumentado a 49 y en 1978 era de más del 50%.

La cantidad de papel de imprenta y de escribir consumido en una región determinada por ejemplar de libro publicado en esa región es un indicador extremadamente significativo. El cuadro siguiente proporciona esta información en kilogramos para 1970 y 1978.

	1970	1978
<u>Países desarrollados</u>		
Europa	3,3 kg	4,3 kg
Estados Unidos y Canadá	8,1 kg	10,1 kg
Unión Soviética	0,7 kg	0,7 kg
Japón	5,0 kg	5,0 kg
Otros países	6,3 kg	5,9 kg
<u>Países en desarrollo</u>		
Asia occidental	4,9 kg	2,9 kg
Asia sudoriental	5,4 kg	3,8 kg
China	(no disponibles)	0,6 kg
América Latina	5,1 kg	4,8 kg
Africa	5,0 kg	4,5 kg
Otros países	1,7 kg	4,5 kg
<u>El mundo</u>	4,2 kg	4,9 kg

1) Datus C. Smith, La economía de la edición de libros en los países en desarrollo, serie: Estudios y Documentos de Comunicación Social, nº 79, París, Unesco, 1977.

Aun antes de 1970, la víctima principal del desequilibrio en el consumo de papel parece haber sido Europa occidental, donde el precio creciente del papel ya tenía un efecto perjudicial sobre el mercado del libro. Si bien hay un modesto aumento de la proporción por ejemplar, ésta sigue estando por debajo del promedio. El consumo de papel en Europa, que representaba 36,6% de la producción mundial en 1970, sólo alcanzó a 34,2% en 1978. En algunos países socialistas como la Unión Soviética y la China la situación sigue siendo notablemente estable. Prácticamente en todas las demás naciones se registra una caída de la proporción.

Sin embargo, se observará que la situación de los países en desarrollo parece ser mejor que la de Europa. Desde luego, es en parte una ilusión que se explica por una baja producción de libros y por la utilización de otras clases de documentos. Pero es curioso observar que su evolución parece ir contra la tendencia general de Europa. En 1960, en pleno apogeo de la descolonización, el consumo de papel de los países en desarrollo alcanzaba apenas al 8% de la producción mundial. En 1970 era de 9,5% y en 1978 casi de 11%. Dejando de lado la China, los países en desarrollo consumieron aproximadamente un millón de toneladas métricas de papel en 1960, 2,5 millones en 1970 y casi 4 millones en 1978.

Otro hecho aún más importante es que este progreso, aunque modesto, se ha logrado gracias al aumento de la producción nacional. Sólo unos pocos países en desarrollo son autosuficientes, pero esos pocos son mucho más numerosos en 1978 que en 1970. En esos ocho años, el número de países que producían más de 80% de su consumo aumentó de 5 a 8 en América Latina, de 7 a 11 en Asia, de 4 a 7 en África. El caso de África es especialmente interesante: en tanto que su consumo aumentó en 12,5% entre 1970 y 1978, su dependencia de la importación descendió de 84 a 55%.

El problema consiste en que, sea importado o de producción local, el papel es cada vez más caro. En 1971¹⁾, el costo del papel por ejemplar era de 50 centavos de dólar americano en África, en tanto que el promedio en todo el mundo en desarrollo era de 24 centavos. En el Oriente Medio era de 31 centavos. La consecuencia es que en ambas regiones una edición de 1.000 ejemplares no puede alcanzar el "punto de equilibrio" y debe venderse con pérdida. La diferencia con otras regiones se nivela cuando se trata de ediciones más grandes, pero en todas partes "el punto de equilibrio" sigue siendo muy elevado y el margen de beneficio apenas alcanza para nuevas inversiones.

Costo de fabricación

El estudio de Datus C. Smith Jr. demuestra que para una región como África, la composición y la impresión entrañan las cargas más pesadas y que éstas son más importantes cuanto más pequeñas es la edición. En tiradas de 1.000 ejemplares representan el 74,8% del costo de manufactura. En tiradas de 5.000 ejemplares totalizan el 55,2% y en tiradas de 10.000 ejemplares representan el 44,6%. Por razones fáciles de comprender, en África hay más tiradas pequeñas que grandes, y el promedio apenas supera los 6.000 ejemplares.

La proporción es menos notable en otras regiones, pero es siempre muy elevada: para ediciones de 5.000 ejemplares es de 52,4% en América Latina, de 34,3% en Asia y de 30,7% en el Oriente Medio. Añadida al problema del papel, esta situación hace que a medida que la tirada de las ediciones aumenta, el costo de fabricación por ejemplar disminuye mucho más lentamente en los países en desarrollo que en los países desarrollados: para 10.000 ejemplares representa 44% en los países en desarrollo y 21% en los países desarrollados.

1) Datus C. Smith, La economía de la edición de libros en los países en desarrollo, serie: Estudios y Documentos de Comunicación Social, nº 79, París, Unesco, 1977.

Es evidente, pues, que es preciso elegir con gran cuidado el método de composición e impresión en los países en desarrollo: los gastos inútiles cuestan el doble que en los países desarrollados. Se podría pensar que los nuevos métodos perfeccionados de impresión son menos onerosos que los viejos y voluminosos equipos de impresión (linotipia y prensa), lo que es por cierto el caso en los países muy desarrollados. Sin embargo, debe tenerse en cuenta la fragilidad del equipo, su sensibilidad a los climas extremos, la posibilidad de reparar o reponer elementos en el lugar, el nivel de formación y de educación de quienes los manejan. En realidad, en Asia, para ediciones de 5.000 ejemplares, el método simple de máquina de escribir y offset cuesta 4,5% más que la imprenta tradicional. Para ediciones de 1.000 ejemplares es un 16% más caro en Asia, un 9% en Africa y un 2,5% en el Oriente Medio. Por otra parte, las máquinas de escribir y los equipos de composición no se consiguen fácilmente o a veces no existen en muchos de los caracteres asiáticos que a menudo son silábicos y suponen muchos más caracteres que el alfabeto romano. Los idiomas semíticos como el árabe o el hebreo plantean problemas especiales, ya que en los respectivos alfabetos no hay vocales cortas. Los lectores experimentados pueden ingenárselas, pero los lectores nuevos necesitan signos diacríticos que no se encuentran fácilmente en los teclados. Se están realizando apreciables esfuerzos para incluir las vocales como caracteres separados en árabe, pero el proyecto está todavía en su fase experimental. La romanización, como se practica en China, es otra solución, pero no corresponderá a ningún tipo de sistema fonético. En Africa, el alfabeto romano parece adecuarse perfectamente al bambara o al swahili, pero una lengua como el ewe necesita bastantes caracteres adicionales. Algunos gobiernos no tuvieron en cuenta el problema cuando decidieron transcribir lenguas nacionales que hasta entonces habían sido orales, y una transcripción demasiado compleja puede ser incompatible con la composición mecánica.

En algunas ocasiones, la composición manual es la única solución. En Asia y en Africa es sólo un poco más cara que la linotipia. En algunos casos, especialmente en el urdu que utiliza caracteres árabes, los editores han recurrido con buenos resultados a calígrafos conjuntamente con el sistema de reproducción offset.

La encuadernación es otro problema. La solución más económica es, de lejos, el abrochado, aunque en algunos casos el así llamado abrochado "perfecto", que consiste en recubrir el lomo del libro con plástico, puede ser aún más barato; sin embargo, su efecto principal es su vulnerabilidad a las condiciones climáticas.

La conclusión es que no hay una sola solución ideal que sirva para todas las regiones y todos los países. Es preciso, no obstante, extraer la lección de que la simple importación de equipo de países desarrollados puede muy a menudo suscitar tantos problemas como los que resuelve. La formación de personal, el asesoramiento técnico, la discusión de los problemas locales con un criterio igualmente local son algunas de las tareas que los centros de libros de Bogotá, Tokio y Yaundé y la oficina regional de la Unesco de Karachi han llevado a cabo con algún éxito. Pero sus actividades tendrán una eficacia duradera sólo si los gobiernos de los países interesados adoptan decisiones adecuadas para que se resuelvan los propios problemas por iniciativa pública o privada, independientemente de las interferencias o presiones que, aun con buenas intenciones, pueden ejercer, muchas veces inconscientemente, los países desarrollados.

El comercio de libros

El comercio de libros comienza con una materia prima distinta de todas las demás: el cerebro de un autor. El precio de la "materia gris" nunca ha sido muy elevado y pocos escritores, aun en los países desarrollados, pueden permitirse serlo a jornada completa y vivir de su producción. Claro está que algunas personas escriben sólo por razones de prestigio o simplemente por un sentido de deber hacia la comunidad, pero

no puede existir una producción intelectual de libros considerable y valiosa si los autores no reciben una retribución razonable por su trabajo.

En muchos países en desarrollo, el autor no recibe ninguna retribución o, si recibe alguna, se trata de una suma insignificante, meramente simbólica. Es verdad que hay países en desarrollo donde son cada vez más numerosos los editores que pagan derechos e incluso adelantos de entre 5 y 15% del precio de catálogo. Aun así, la tirada relativamente pequeña de las ediciones reditúa ingresos que, comparados con el tiempo invertido en escribir, representan una suma muy inferior a cualquier salario mínimo vital. Para los autores es muy tentador tratar de publicar en un país más adelantado o buscar una ocupación más lucrativa. En estos casos, el desarrollo cultural de la nación sale perjudicado. La situación se agrava por el hecho de que, cuando las tiradas son suficientemente grandes, puede ser más rentable para los editores recurrir al material traducido que a fuentes locales originales.

Las soluciones tradicionalmente adoptadas para resolver los problemas de los autores son irremediablemente inadecuadas. Ningún curso de escritura creativa desperdiciará talentos allí donde no pueden satisfacerse las demandas de la supervivencia física. Los premios y las recompensas pueden ser un aliciente, pero favorecen, a veces indebidamente, a un puñado de talentos cuando se necesitarían multitudes. Se podría caer en la tentación de sugerir que la comunidad nacional debería velar por la manutención de los escritores otorgándoles subsidios mínimos de manera que puedan desarrollar libremente una carrera creativa. Pero la experiencia demuestra que ningún gobierno es lo suficientemente sagaz como para no transformar ese deber cultural en un medio de control político. Por otra parte, ¿cómo podría reconocerse al autor que merece un subsidio? Algunas asociaciones profesionales o de escritores han obtenido por cierto resultados positivos en ese campo, por ejemplo, en muchos países socialistas, pero existe el peligro de recompensar el conformismo y desalentar la experimentación.

Hay por lo menos una medida que parece al mismo tiempo factible y necesaria. Se trata de lograr una legislación justa y razonable para la protección de la paternidad literaria. Es justo que la legislación nacional y los acuerdos internacionales entiendan el derecho de autor como el de éste y el del editor, lo que no siempre ocurre. Ambos deben considerarse como participantes en pie de igualdad en una empresa conjunta y el que hace una inversión intelectual debe obtener su dividendo tal como el que hace una inversión financiera. Desde luego, las ediciones cooperativas han dado a veces buenos resultados.

Por otra parte, como es lógico, tal legislación debe ser aplicable. Nadie puede obtener un beneficio si el mercado no lo permite. La defensa de los escritores depende fundamentalmente de una red de distribución adecuada y eficiente que pueda satisfacer las necesidades de una población de lectores suficientemente numerosa. Sería una buena idea que los gobiernos proporcionaran algunos ingresos suplementarios a los escritores empleándolos en campañas de alfabetización o en la promoción del hábito de la lectura.

Los autores y los libreros, como también los bibliotecarios, son aliados naturales. La red de distribución es el núcleo de cualquier sistema de desarrollo del libro. Al mismo tiempo, es uno de sus componentes más vulnerables.

Los países desarrollados tienen complicados sistemas de distribución de libros. Los distribuidores al por mayor (que pueden al mismo tiempo ser los editores), suministran libros a petición de los libreros o lo hacen sistemáticamente a puntos de venta predeterminados. Son cada vez más numerosas las cadenas de tiendas que administran directamente sus departamentos de librería. Hay también clubes del libro, agencias de venta de libros por correspondencia y vendedores a domicilio.

Sería absurdo que los países en desarrollo copiaran un sistema como éste, que además de elevados gastos generales, requiere una compleja infraestructura. Entre el editor y el librero no hay frecuentemente intermediarios. A veces se trata de la misma persona. En este caso hay que pensar más bien en puntos de venta que en verdaderas librerías. Muchas de las tiendas que llevan ese nombre están situadas en los distritos ricos de las zonas urbanas y se destinan a minorías adineradas, a menudo extranjeras, o practican otros tipos de comercio, entre los cuales los libros constituyen sólo un rubro.

El verdadero problema es lo que los mexicanos llaman la "marginalización" de las zonas urbanas o rurales. En las partes más pobres de éstas, el único material de lectura disponible (cuando existe) se encuentra en las aceras o en quioscos del mercado bajo la forma de historietas de segunda mano, revistas o libros de texto usados. Las actividades de estos circuitos de distribución "paralelos" son muy animadas y en algunos países africanos se importan cientos de toneladas de papel impreso usado. En las zonas rurales, especialmente en Asia y América Latina, los quioscos de periódicos venden generalmente libros baratos y revistas. Lo mismo hacen los vendedores callejeros en algunas de las ciudades principales: los "voceadores" de la ciudad de México constituyen una corporación poderosamente organizada y controlada.

No hay ningún método único que permita solucionar los problemas de la distribución de libros en los países en desarrollo. En la India se ha aplicado con muy buenos resultados un sistema de "Home Library Club". Un editor de libros de bolsillo de Delhi ha conseguido ventas sin precedentes mediante la constitución de una amplia red de puntos de venta y de corresponsales en las zonas rurales de Uttar Pradesh. En algunos otros países se ha ensayado con éxito la fórmula de los "Home Library Clubs".

A fines de los años setenta el Gobierno mexicano aplicó un sistema bastante diferente. La idea era recurrir al medio millón de profesores de escuelas para que hicieran propaganda de la lectura y actuaran como intermediarios para la distribución de libros. Todos los meses se les enviaba por correo un boletín de información muy bien documentado que ofrecía a la venta más de 100 libros en cada número. El éxito de la "operación maestros" se debió a la cooperación de los editores que aceptaron poner a la venta libros cuyos precios eran compatibles con las condiciones económicas de los lectores potenciales y cuyos contenidos correspondían a sus necesidades e intereses.

En otros países se ha hecho un esfuerzo para promover todas las ramas del comercio de libros al mismo tiempo. A este respecto, Cuba constituye un ejemplo. De hecho, el sistema de distribución es tan eficiente que la producción no siempre puede mantenerse a la altura de la demanda, situación que no es inhabitual en los países socialistas. Aun en los países con economía de mercado, es necesaria la intervención del gobierno, especialmente cuando la insuficiencia del número de lectores potenciales hace que las ediciones no dejen beneficios. Se ha sugerido establecer "bancos culturales" dotados de personal capacitado que pueda ocuparse tanto de libros como de otros medios de cultura y comunicación. Brasil ha ensayado este sistema con resultados relativamente buenos.

Desde luego, estos bancos deben incluir una biblioteca de préstamos. Las bibliotecas siguen siendo la pesadilla de la distribución de libros así como el sueño de los editores que ven en ellas un mercado "cautivo" ideal.

Por el momento se trata de un sueño. Todas las bibliotecas de África al sur del Sahara adquieren cada año probablemente más de 500.000 volúmenes y con seguridad menos de un millón es decir, el equivalente aproximado de las adquisiciones de la Biblioteca Británica. Ghana, con 929.000 volúmenes en siete bibliotecas públicas, y

Nigeria, con 891.000 volúmenes en 31 bibliotecas públicas, parecen haber sido en 1977 los únicos países africanos con un servicio de bibliotecas aceptable. Entre las antiguas colonias francesas, Madagascar obtiene un buen lugar con 134.000 volúmenes en 20 bibliotecas públicas.

En Asia, los países con un buen servicio de bibliotecas son Hong Kong (230.000 volúmenes en ocho bibliotecas), la República de Corea (949.000 volúmenes en 110 bibliotecas), Malasia (880.000 volúmenes en 16 bibliotecas), Sri Lanka (727.000 volúmenes en 381 bibliotecas), Tailandia (586.000 volúmenes en 536 bibliotecas) y particularmente Viet Nam (4.879.000 volúmenes en 316 bibliotecas).

En los países árabes las cifras son menos alentadoras. Pese a que el número de volúmenes es elevado, hay pocas bibliotecas públicas, excepto en Egipto (980.000 volúmenes en 161 bibliotecas) y en Iraq (195.000 volúmenes en 24 bibliotecas). En Kuwait, país pequeño, se realiza una buena labor con 258.000 volúmenes en una única biblioteca pública.

En América Latina, los únicos países que se destacan son México (2.777.000 volúmenes en 1.084 bibliotecas), Argentina (9.532.000 volúmenes en 1.528 bibliotecas) y Brasil (12.665.000 volúmenes en 2.332 bibliotecas).

En muchos países desarrollados la situación es apenas mejor. Por ejemplo, Francia sólo tiene 48.661.000 volúmenes en 1.026 bibliotecas públicas, en comparación con Rumania que tiene 55.559.000 volúmenes en 6.420 bibliotecas y Polonia, con 81.870.000 volúmenes en 9.128 bibliotecas.

La automatización puede contribuir al desarrollo de bibliotecas nacionales, universitarias y especializadas, pero en el caso de las bibliotecas públicas, que son precisamente las que influyen más directamente en los hábitos de lectura de un país, nada puede sustituir a los libros. Se ha calculado que con la inversión necesaria para dotar de un servicio automatizado a una biblioteca de tamaño medio se pueden comprar de 75.000 a 100.000 libros. Es algo que los gobiernos deberían tener presente en el momento de hacer sus opciones presupuestarias. Esto significa que, sin estorbar la marcha del progreso ni afectar el futuro de la industria electrónica, bastaría un porcentaje muy pequeño de las inversiones para mejorar significativamente lo que los gobiernos deberían considerar como un servicio de utilidad pública necesario para crear nuevos lectores.

4

LA NECESIDAD DE INVESTIGACION

El hecho de que las tendencias que revela este estudio no sean en conjunto negativas no autoriza ciertamente a considerar que la situación global sea alentadora, pero muestra lo que podría lograrse si todos los países estuvieran decididos a adoptar una política del libro cuidadosamente planeada y coordinada.

El requisito básico de tal política es la investigación organizada a partir de antecedentes científicos verdaderamente fidedignos. La ciencia aplicada de los libros y la lectura, denominada "bibliología" en algunos países, ha hecho enormes progresos en los últimos 20 años. Durante este periodo, se han realizado en el mundo entero centenares de estudios sobre la producción y distribución de libros y sobre el hábito de la lectura. Hay en todas partes métodos bien probados y teorías respaldadas por la experimentación. El único requisito para obtener datos utilizables es la cooperación con especialistas capacitados. Hoy en día, la mayor parte de las

universidades puede tener un Departamento de Comunicaciones, por reducido que sea, con un especialista en comunicación impresa por lo menos.

El hecho es que los datos estadísticos de que puede disponer la Unesco suelen ser todavía escasos y fidedignos. Los que se utilizaron en este estudio fueron cuidadosamente evaluados, verificados e incluso corregidos de la mejor manera posible. La forma en que se elaboran algunas estadísticas ilustra ausencia de un acopio sistemático de datos en algunos servicios gubernamentales que se ocupan de hechos tan vitales como los relativos al desarrollo del libro. Así, cuando se pide un dato sobre el número de ejemplares impresos en un país, algunos funcionarios multiplican simplemente el número de títulos por una cifra arbitraria independientemente del año o de la clase de CDU. La improvisación y la falta de rigor en algunos países altamente desarrollados da por resultado una información igualmente equívoca.

Los datos no estadísticos pueden ser más confiables. La dificultad reside en que a menudo reflejan una perspectiva tendenciosa o un estrecho punto de vista profesional o nacional.

Para dar un ejemplo, un experto vinculado a la industria de la edición de un país muy desarrollado puede considerar que las necesidades de un determinado país africano se satisfacen adecuadamente si se le suministra de manera constante una cantidad de libros de texto y de libros funcionales a precios razonables, en uno de los grandes idiomas vehiculares internacionales (de preferencia el del experto). En cambio un especialista africano más interesado en los aspectos culturales, sociales y políticos del desarrollo nacional puede considerar que tal suministro es contrario en realidad a la satisfacción de las verdaderas necesidades de su país, entre las cuales figura en primer término la creación de una industria editora local capaz de producir y distribuir libros originales en las lenguas vernáculos.

Pueden producirse distorsiones similares cuando el especialista es ante todo un bibliotecario, un documentalista, un educador, un autor, o un conocedor de la literatura. En realidad, es dudoso que pueda lograrse un consenso entre especialistas de estricta formación profesional, no sólo para evaluar la situación, sino para la simple determinación de los hechos. De ahí la necesidad de crear servicios académicos de investigación que puedan suministrar informaciones científicas objetivas.

Una política de libros eficaz no puede improvisarse. Esta es una de las lecciones que la Unesco ha intentado enseñar, con algún éxito en muchos casos, menos satisfactoriamente en otros.

Los libros son objetos que se fabrican y venden en una amplia variedad de sistemas sociales y económicos. Están económicamente vinculados a muchas otras industrias. De ellos dependen el empleo y los beneficios en muchos sectores de actividades nacionales e internacionales. Son extremadamente vulnerables a la pobreza y a la falta general de desarrollo. En comparación con los productos básicos se les concede una prioridad muy baja.

Por otra parte son agentes insustituibles de educación, cultura y desarrollo. Las nuevas tecnologías de comunicación han contribuido a aumentar, y no a disminuir, la sed de lectura y la necesidad vital de libros.

Otro aspecto de los libros, del que se habla menos, es que se trata de agentes privilegiados tanto de poder, de influencia y de control, como de libertad y oposición. Los libros no sólo transmiten ideas sino que, mediante el proceso crítico único de la comunicación escrita, las suscitan, ponen en marcha el pensamiento, ayudan a madurar las conciencias. Algunos pueden tener la tentación de utilizarlos como instrumento de dominación, pero el efecto contrario de la lectura siempre ha contrarrestado este propósito.

Esta naturaleza multifacética de los libros hace que sea muy difícil elaborar en esta materia una política aceptada por todos. Los gobiernos tienen sus propios puntos de vista, pero también los tienen los industriales, los profesionales, los bibliotecarios y los educadores, los autores que anhelan expresarse, los grupos religiosos o ideológicos que luchan por difundir sus creencias y los lectores que desean aprender, evadirse, soñar, cultivarse intelectualmente o fortalecer su dominio sobre el entorno.

El Año Internacional del Libro 1972 proporcionó una ocasión para hablar en favor de los libros. Ha llegado nuevamente el momento de que todos aquellos vinculados a los libros se reúnan, discutan entre sí y examinen juntos la situación en un esfuerzo por aportar nuevas ideas y soluciones a los problemas que enfrentan hoy los profesionales del libro.